

El *témenos* del monumento de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) y su significado ideológico

The *témenos* of the heroon of Pozo Moro (Chinchilla, Albacete, Spain) and its ideological significance

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA
Real Academia de la Historia
Calle del León, 21. 28014 Madrid
anticuario@rah.es
<http://orcid.org/0000-0003-0065-5878>

Resumen

Análisis e interpretación de los restos arqueológicos aparecidos en la excavación del *témenos* del monumento de Pozo Moro. El *témenos* estaba formado por un enguijarrado en forma de «piel de toro» rodeado de un *períbolos* de adobe, *témenos* que cubría el *bustum* en que se incineró hacia el 500 a. C. el «Señor de Pozo Moro», un *hegemón* o dinasta ibérico que controlaba el cruce de la Vía Heraclea con la vía que desde la desembocadura del río Segura penetraba en la Celtiberia y la Meseta.

En el centro de este *témenos* se alzaba el monumento de Pozo Moro sostenido sobre leones y concebido como *nefesh* del difunto heroizado. Esta disposición tiene paralelos en la figura chipriota de bronce de Enkomi que se alza sobre una piel de toro, en las esculturas reales de culto funerario sirio-hititas alzadas sobre leones y en los monumentos turriformes fenicios de Amrit, la antigua Arados, uno de los cuales se alza igualmente sobre leones.

Palabras clave: Pozo Moro, estratigrafía, heroon, Cultura ibérica, arquitectura orientalizante, religión fenicia, culto funerario

Abstract

Analysis and interpretation of the archaeological remains found during the excavation of the *témenos* of the Iberian monument of Pozo Moro (Chinchilla, Spain). The *témenos* was made up of a pebble mosaic with an “ox hide” form, and was surrounded by a mud bricks *períbolos*. This *témenos* covered the *bustum* where it was cremated around 500 BC. the “Hegemon of Pozo Moro”, an Iberian hegemon or dynast that controlled the crossing of the via Heracleia with the road to the Meseta and Celtiberia from the mouth of the Segura river.

In the center of this *témenos* stood the monument of Pozo Moro supported on lions and conceived as a *nefesh* of the heroized dynast. This arrangement has parallels in a Cypriot bronze figure of Enkomi, standing on an “ox hide”, in Syro-Hittite funerary-cult royal sculptures raised on lions, and in the turriform Phoenician monuments of Amrit, ancient Arados, one of them also raised on lions.

Key words: Pozo Moro, Stratigraphy, Heroon, Iberian culture, Orientalizing architecture, Phoenician religion, Funerary cult

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / HOW TO CITE THIS ARTICLE

Almagro-Gorbea, M. (2023): “El *témenos* del monumento de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) y su significado ideológico”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 49(1): 65-97. <<https://doi.org/10.15366/cupauam2023.49.1.003>>.

1. Introducción

El monumento de Pozo Moro, situado en el término de Chinchilla de Montearagón, Albacete, a más de 100 km de la costa mediterránea (figura 1), desde su excavación en 1973, de la que se cumplen 50 años en 2023, es el mejor exponente conocido de la Arquitectura Ibérica, para cuyo estudio ha supuesto una aportación muy significativa (Almagro-Gorbea, 1996). El yacimiento se descubrió en 1971 al retirar un antiguo majano, bajo el que apareció una necrópolis ibérica (Alcalá-Zamora, 2003), que, a su vez, cubría los restos de una construcción orientalizante hecha con numerosos sillares de arenisca calcárea local, de la que se conservaba *in situ* su base cuadrada (figura 2).

Los sillares del monumento aparecieron bajo la necrópolis ibérica, pues el edificio probablemente se derrumbó a causa de un seísmo (Rodríguez Pascua *et alii*, 2022). El estudio de los sillares ha permitido reconstruir este gran monumento turriforme de estilo orientalizante y realizar la *anathyrosis* parcial del mismo, que actualmente se expone en el Museo Arqueológico Nacional (figura 2).

El monumento de Pozo Moro estaba construido con unas 20 hiladas de sillares de arenisca local y su altura se aproximaría a los 10 m (figura 3A-B). Los sillares aparecieron caídos y enterrados entre los restos de la necrópolis ibérica superpuesta surgida en torno al monumento, pero se conservaban *in situ* la hilada inferior y cuatro sillares de la segunda hilada, lo que permitió constatar que era un edificio de planta cuadrada escalonada de 3,65 m de lado, que estaba construido con bloques de arenisca que formaban hiladas pseudoisódomas formando dos cuerpos paralelepípedicos superpuestos, decorados con relieves mitológicos y con esculturas de leones en las esquinas, con una cubierta que debió tener forma piramidal a modo de *pyramidion* (Almagro-Gorbea, 1983; López Pardo, 2006: fig. 1; Prieto Vilas, 2000).

Este edificio monumental se ha fechado con precisión gracias a su ajuar en el último quinquenio del siglo VI a. C., hacia el 500 a. C. o muy poco antes (Almagro-Gorbea, 1983: 184 s.; 2009a; Graells, 2008). Se ha interpretado como el heroon de un gran personaje local, el «Señor de Pozo Moro», que

probablemente debió ser el régulo del *oppidum* de *Saltigi* (TIR, 2000: 288 s.), situado a 12 km de Pozo Moro, lugar que sería la sede de su feudo gentilicio (Almagro-Gorbea, e.p. a). Este personaje debió jugar un importante papel militar y político en los turbulentos años en que desaparece la factoría fenicia de La Fonteta y la ciudad tartesio-ibérica orientalizante de Peña Negra, probablemente la antigua *Herné* de la *Ora Maritima* de Avieno (*OM* 134), cuando estas poblaciones desaparecen sustituidas por la ciudad ibérica de *Ilici*, la Alcudia de Elche, como centro territorial de la estratégica zona del Bajo Segura (Almagro-Gorbea *et alii*, 2020: 9 s.).

El monumento turriforme se levantó en el centro de un complejo *témenos* o recinto sacro en forma de *keftiu* o, más exactamente, de «piel de toro» (figura 4) que, a su vez, quedaba rodeado por un *períbolos* hecho con adobes. El suelo de este *témenos* se cubrió con un cuidado mosaico de fino enguijarrado dispuesto sobre una capa de arcilla muy roja, que constituía una preparación, sobre el suelo natural de gredas arcillosas, para el *bustum* destinado a la cremación ritual del cadáver (Almagro-Gorbea, 1983: 184, fig. 4 y 6).

Este *témenos* con su *períbolos* son elementos esenciales para interpretar este complejo monumento, aunque, a pesar de su importancia suele pasar casi desapercibido en los análisis y estudios dedicados a Pozo Moro. La causa puede estar en su aparente menor monumentalidad y en haber aparecido muy destruido, pues estaba construido básicamente con barro. Sin embargo, es evidente que formaba parte indisoluble en la concepción arquitectónica del *heroon*, además de ser esencial para comprender el significado ritual e ideológico del monumento, por lo que se aborda su interpretación basada en la estratigrafía proporcionada por la excavación y en los paralelos conocidos.

Los restos del monumento de Pozo Moro conformaban el Estrato IV de la excavación. Este estrato quedaba situado sobre el Estrato V, que corresponde al suelo natural, y por debajo del Estrato III que corresponde a la necrópolis de cremación ibérica (Alcalá-Zamora, 2003), cubierta a su vez por el Estrato II de una necrópolis tardoantigua de inhumación de los siglos IV-V d. C. (*ibidem*) y por el Estrato I del nivel superficial. En consecuencia, el Estrato IV permitió documentar cómo se realizó la construcción



Figura 1. Situación del yacimiento de Pozo Moro en el sureste de la península ibérica

Figure 1. Location of the Iberian monument of Pozo Moro (Chinchilla, Albacete, Spain), in the southeast of Iberia

del monumento y cómo ocurrió su destrucción, gracias al análisis de los restos conservados, en especial a los datos proporcionados por los sillares hallados *in situ* de la base del monumento, alrededor del cual se dispuso el suelo de guijarros y demás restos del *témenos* que formaban parte esencial del monumento (figuras 1, 4 y 5A-B). Este conjunto de elementos se concibió como una unidad arquitectónica, que permite explicar el proceso de construcción, uso y derrumbe del monumento, que se analiza a continuación.

En un lugar que debió ser previamente elegido junto a un pozo, se organizó el *bustum* destinado a la cremación del difunto y, en ese mismo sitio, tras la cremación ritual del cadáver, se procedió a levantar el monumento, cuyos sillares habrían sido previamente labrados y estaban preparados para su montaje. La estratigrafía del yacimiento permitió precisar las fases de este proceso, también documentado por diversos sondeos que aprovechaban los agujeros realizados por los *loculi* de algunas tumbas ibéricas que habían roto el suelo del *témenos* (*vid. infra*). Igualmente, se aprovechó un pozo de saqueo,

de época indeterminada, excavado en la esquina noroeste de un gran encachado tumular, el 5F-4, situado al suroeste del monumento, pues este pozo de saqueo penetró hasta el suelo natural (Alcalá-Zamora, 2003: 71 s., fig. 56a). La excavación y la limpieza de este pozo de saqueo en la campaña del año 2000 permitió analizar la estratigrafía de las estructuras visibles en el corte realizado por el saqueador hasta el suelo natural, quien había roto todo lo que encontró a su paso, desde el muro perimetral interno del encachado tumular 5F-4 hasta dos suelos diferentes de arcilla roja, que resultaban perfectamente visibles (figura 6A y B).

2. La preparación del suelo natural y la estratigrafía de la excavación del monumento

El monumento de Pozo Moro se levantó después de preparar y aplanar el suelo natural del lugar, formado por una greda arcillosa con restos de humus.



Figura 2. Basamento del monumento de Pozo Moro rodeado del mosaico del *témenos* tras su excavación. Foto: MAG

Figure 2. Basement of the Pozo Moro monument after its excavation surrounded by a *témenos* with a pebble mosaic. Photo: MAG

El suelo geológico natural o Estrato V.B lo constituía una formación de margas calcáreas miocénicas de colores rojizos y blancuzcos del Serravaliense, que no presentaba ninguna señal de actividad antrópica. Este estrato era relativamente uniforme y de gran espesor, pues en ninguna de las catas realizadas apareció la roca caliza, ni siquiera en descomposición.

Sobre este suelo geológico natural se observaba un nivel de unos 40 cm de potencia, formado por margas de color grisáceo por estar mezcladas con humus (Estrato V.A). Este estrato ofrecía una gradación desde el color blanco lechoso del substrato geológico natural en su parte inferior hasta un color grisáceo intenso en la superior, probablemente por ser los restos del antiguo suelo vegetal existente en el lugar en el momento de construirse el monumento (figura 6A y B). Sobre la superficie de este paleosuelo gris se dispuso el *bustum* para la

cremación del cadáver y directamente sobre este se levantó el monumento, proceso que quedó bien documentado durante la excavación y que corresponde al Estrato IV.B. En este complejo estrato se apreciaban varias fases, bien documentadas por la estratigrafía, cuya fecha se puede precisar en torno al 500 a. C. según evidenció el rico ajuar del citado *bustum* hallado en la base del monumento (Estrato IV.B-4).

El Estrato IV.B-5 correspondía a una nivelación del suelo natural (Estrato V.A), para preparar un suelo de arcilla roja quemada del *bustum* del monumento, que constituye el estrato IV.B.4. Este estrato IV.B.4 apareció por debajo de los sillares que constituían la base del monumento y también bajo el empedrado de guijarros del *témenos*. Era una capa claramente perceptible de arcilla roja endurecida, —seguramente quemada—, extendida como suelo del *bustum* del monumento, que se asentaba directamente sobre la

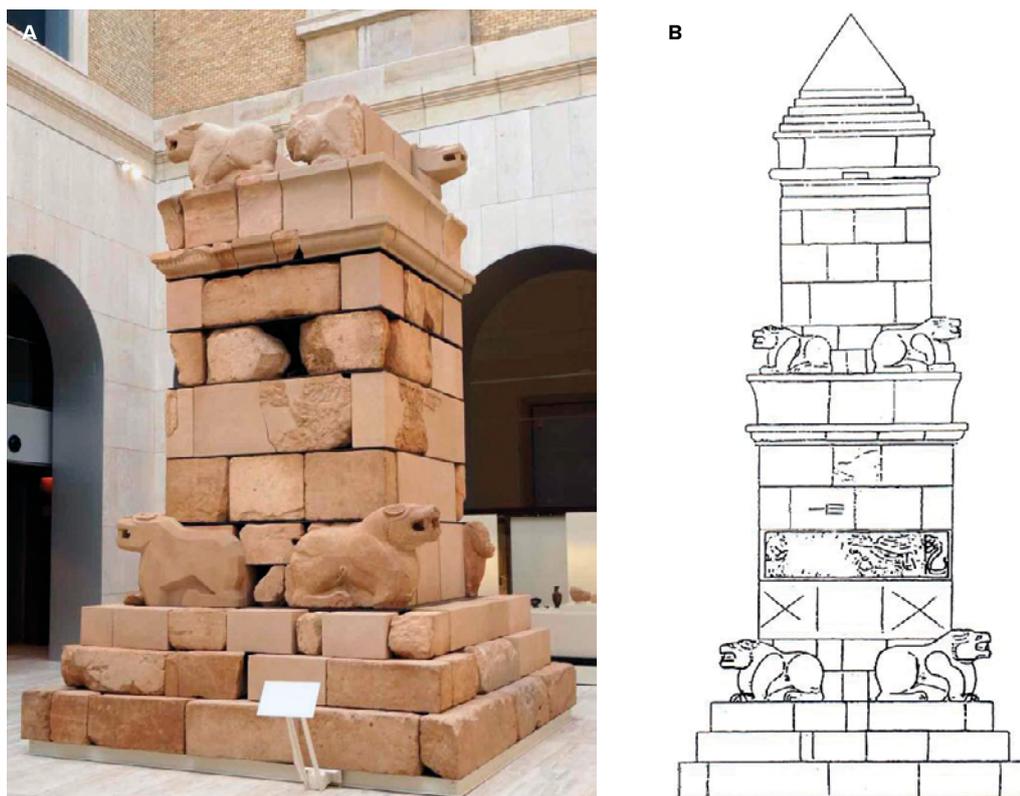


Figura 3. A. Reconstrucción actual del monumento de Pozo Moro en el Museo Arqueológico Nacional. Foto: MAN. B. Reconstrucción teórica del monumento de Pozo Moro (Almagro-Gorbea, 1986)

Figure 3. A. Reconstruction of the Pozo Moro monument in the National Archaeological Museum, Madrid. Photo: MAN. B. Theoretical reconstruction of the Pozo Moro monument (Almagro-Gorbea, 1986)

misma. Este nivel de arcilla roja, que por su textura y color parecía arcilla refractaria, se debe interpretar, más que como el suelo originario del monumento, como la preparación para el *bustum* donde se realizó la cremación ritual del cadáver, claramente visible bajo el relleno del interior del monumento, ya que, sobre esta capa de arcilla apareció un hoyo que contenía cenizas y huesos de una cremación con restos muy quemados de un ajuar de gran riqueza, que indudablemente se deben atribuir al *bustum* sobre el que se levantó el monumento de sillares (Almagro-Gorbea, 1983: 184 s.). Este suelo de arcilla roja alcanzaba casi 5 cm de espesor hacia la parte septentrional del sondeo, espesor que tendía a disminuir hacia la parte meridional hasta casi desaparecer (figura 6A), pues esa zona constituía el extremo meridional del suelo de arcilla roja. Este suelo también se documentó dentro del monumento (figura 7A y B), al vaciar su relleno y en especial, bajo los sillares hallados *in situ* al ser estos retirados para trasladarlos al Museo Arqueológico Nacional (figura 7C y D).

Por encima de este suelo de arcilla roja aparecía un enguijarrado o suelo de guijarros que formaba una banda al exterior del monumento de sillares (Estrato IV.B.3), enguijarrado que constituye un elemento esencial del *témenos* construido en torno al monumento (figura 4). Este empedrado, hecho con pequeños guijarros, ofrecía una forma de *keftiu* o lingote de metal o, más exactamente, de *oxhide* o «piel de buey» (*vid. infra*). Sus bordes eran rectos y quedaban paralelos a la construcción, con una anchura en torno a los 100 cm aproximadamente, aunque estaba separado unos 50 cm del monumento (figuras 4, 5A y 8). Su contorno lo formaba un murete de adobes de arcilla blanquizca que constituiría un *peribolos* que rodeaba al monumento y al *témenos* enguijarrado, aunque al ser de barro apareció prácticamente arrasado. El suelo de guijarros proseguía por la parte occidental del monumento hasta unirse a otra zona de guijarros externa situada fuera del *peribolos*, zona que, aparentemente, formaría una banda paralela a la situada en el interior, banda que pudiera

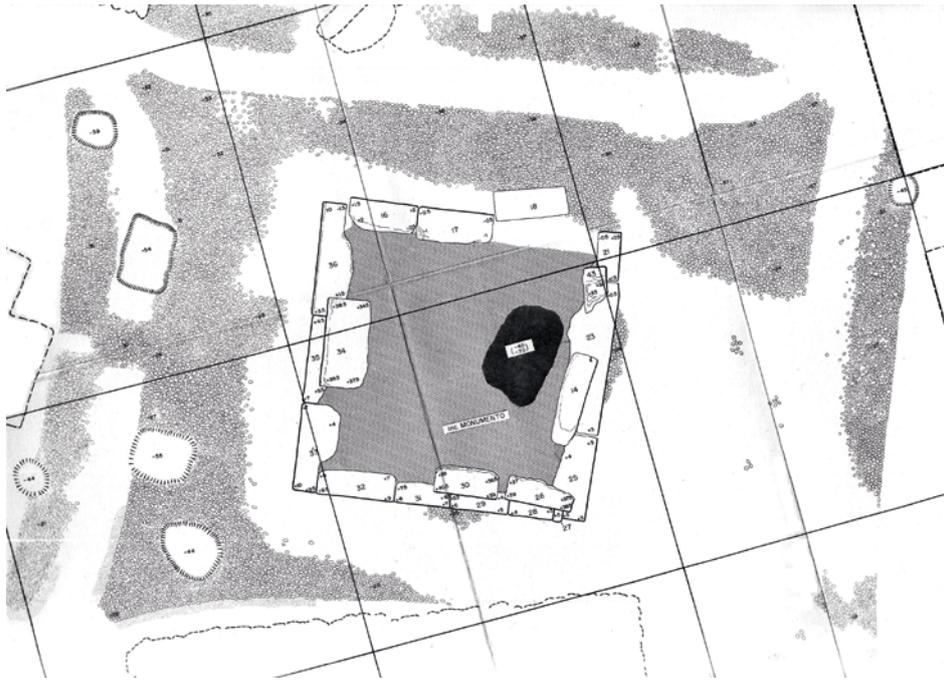


Figura 4. Planta del mosaico de guijarros del témenos de Pozo Moro rodeado de un *peribolos* en forma de «piel de toro» (Almagro-Gorbea, 1983: fig. 6)

Figure 4. Pebble mosaic of the Pozo Moro témenos, surrounded by a *peribolos* with “ox hide” form (Almagro-Gorbea, 1983: fig. 6)

extenderse hasta unos 250 cm del borde del monumento en el ángulo noroeste de la cuadrícula 3E, aunque no se pudo confirmar si esta banda de guijarros pertenecía igualmente a este monumento o a otra construcción similar existentes en esa zona, aunque esta última hipótesis parece menos probable (figuras 4, 8 y 9).

En la parte meridional del monumento se pudo observar que el enguijarrado citado quedaba cubierto por una capa regular de arcilla de color rojizo-anaranjado claro que alcanzaba 25 cm de espesor (figura 6A), semejante a la arcilla utilizada para hacer los adobes de las tumbas ibéricas. A su vez, sobre esta capa de arcilla clara se percibía también con claridad que se había dispuesto otra capa de arcilla roja refractaria, de unos 5 o 6 cm de grosor; esta capa proseguía por debajo de las piedras del túmulo 5F-4 hasta la esquina sureste de este túmulo, lo que evidenció que correspondía a la preparación del *bustum* del túmulo 5F-4, bajo el cual todavía apareció un nivel de piedras dispuestas sin orden alguno en contacto con el suelo natural de greda blanca (figura 6A y B). En consecuencia, el sondeo del pozo de saqueo realizado en la esquina noroeste del gran

túmulo escalonado 5F-4 permitió diferenciar con toda claridad dos capas de arcilla roja superpuestas: la inferior pertenecía al *bustum* del monumento orientalizante, que disminuía de espesor hasta desaparecer hacia el sur, mientras que la superior correspondía al *bustum* del túmulo 5F-4, que mantenía el mismo ritual funerario al menos una generación posterior al monumento orientalizante. En consecuencia, era evidente la superposición del *bustum* del túmulo escalonado 5F-4 sobre la parte meridional del enguijarrado del témenos del monumento orientalizante, lo que indica que, al preparar dicho *bustum*, el monumento orientalizante debía estar ya destruido.

Por encima del estrato IV.B.3 se identificó el estrato IV.B.2. Este estrato IV.B.2 correspondía al relleno del interior del basamento de sillares conservados *in situ* y quedaba por debajo de algunas sepulturas ibéricas que los cubrían y sobre el suelo rojo del *bustum* del estrato IV.B.4. Consistía en una masa de tierra arcillosa con piedras areniscas naturales y con fragmentos muy rotos de restos desechados de la talla de los sillares del monumento, por lo que ofrecía todas las características de tratarse del relleno de la base del mismo (figuras 7A y 10). Además,



Figura 5. Basamento y *tēmenos* del monumento de Pozo Moro. A. Vista con los sillares caídos desde el este. B. Vista desde el noreste. Fotos: MAG

Figure 5. Basement and *tēmenos* of the monument of Pozo Moro. A. View with fallen ashlar from the east. B. View from the northeast. Photos: MAG

los sillares del monumento carecen de labra en su cara interna, lo que confirma que el interior del monumento estuvo macizado.

El estrato IV.B.1 correspondía al basamento de sillares del monumento, del que se conservaba *in situ* la primera y parte de la segunda hilada de sillares (figuras 2A-B y 5A-B). Este estrato quedaba justo por encima del estrato IV.B.4, que era el suelo rojo del *bustum*, sobre el que se habían asentado directamente los sillares de la base cuando todavía ardía la pira. A su vez, estos sillares *in situ* del estrato IV.B.1 quedaban cubiertos por el estrato IV.A, formado por los restos de la destrucción del monumento.

El estrato IV.A correspondía, como se ha dicho, a la destrucción y derrumbe del monumento (figuras 5A y 7A). Estaba formado por numerosos sillares caídos hacia el norte y el este de la base del monumento, lo que ha permitido plantear la reconstrucción. Habían quedado tal y como se habían derrumbado, seguramente a causa de un seísmo (Rodríguez Pascua *et alii*, 2022) y aparecieron cubiertos por la tierra derramada que macizaba el interior del monumento y por la procedente de las tumbas ibéricas superpuestas. Los restos de sillares caídos al pie de los lados norte y este del monumento y la inclinación que ofrecía la base del mismo hacen pensar en una basculación del terreno sobre el que se alzó la construcción, lo que pudo producir el consiguiente agrietamiento y derrumbe del monumento. La fecha de este estrato IV.A se debe situar hacia el 500 a. C. o poco después, en la primera mitad del siglo v a. C., pues, en cualquier caso, es anterior al inicio de la necrópolis ibérica del estrato III, ya que algunas sepulturas, como la 5Dinc6, reutilizan los restos del monumento desde pleno siglo v a. C. (Alcalá-Zamora, 2003: 66, fig. 47).

3. El *bustum* y los restos de cenizas y del ajuar

La estratigrafía del yacimiento mostraba cómo, por debajo de todo el basamento de sillares del monumento y bajo el empedrado de guijarros del *témenos*, se extendía un suelo de arcilla roja quemada muy compacta, identificado como estrato IV.B.4. Esta capa de

color rojo intenso, muy probablemente arcilla quemada por un fuego de oxidación al aire libre, se debe interpretar como el piso preparado para el *bustum* donde se realizó la cremación ritual del cadáver, tradición que procedería de los *busta* orientalizantes, que están hechos con una arcilla similar, como los documentados en la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea, ed., 2008: 958 s., 982 s.), aunque también se han constatado en algunas necrópolis ibéricas (Senent, 1930: 8 s.).

Este suelo de arcilla quemada apareció bajo el relleno de tierra y piedras del interior del monumento (figura 7A), junto a la tierra negra del *bustum* dispuesta sobre esa sobre capa roja de arcilla (figura 7B), capa que proseguía bajo los sillares de la base del monumento conservados *in situ* como se pudo documentar cuando estos se retiraron para trasladarlos al Museo Arqueológico Nacional para su restauración y montaje. En especial bajo los sillares del lado septentrional PM17 y PM23, aparecían restos evidentes de las cenizas del *bustum* y de la capa de arcilla del estrato IV.B.4 (figura 7C), que habían quedado adosados a su cara inferior (figura 7D), lo que indicaba que los sillares del basamento se habían colocado directamente sobre el *bustum* nada más apagarse el fuego¹. Este importante detalle demuestra que los sillares se asentaron directamente sobre el *bustum*, como se pudo constatar con toda seguridad al levantarlos (figura 7C), ya que las tierras negras del *bustum* y del suelo de arcillas roja quedaron firmemente pegados a la base del sillar PM23 (figura 7D). Este suelo de arcilla roja del estrato IV.B.4 tendía a perder espesor hacia el sur hasta desaparecer a unos 4 m del lado meridional del monumento, como se confirmó en el corte

¹ Algunos autores (Blázquez, 1979: 155; Blázquez y Valiente, 1981: 199; López Pardo 2006: 27, n. 18) no han comprendido que el *bustum* hallado en el interior del monumento era inmediatamente anterior a la colocación de los sillares (Almagro-Gorbea, 1978c: 255). Este hecho quedó perfectamente atestiguado, pues parte de las cenizas del *bustum* aparecieron por debajo del sillar PM23 (figura 7C). Esa errónea interpretación se basa en deducciones cronológicas apriorísticas, que están en contradicción con los datos proporcionados por la excavación, como la confusión del *bustum* del monumento con los *busta* de las tumbas de la necrópolis ibérica, que claramente son posteriores (López Pardo, 2006: 27, n. 18). Por otra parte, este *bustum* de Pozo Moro prueba que estos monumentos turriformes eran tumbas en sentido estricto, no únicamente el *nefes* del difunto (Prados, 2008: 273 s.).

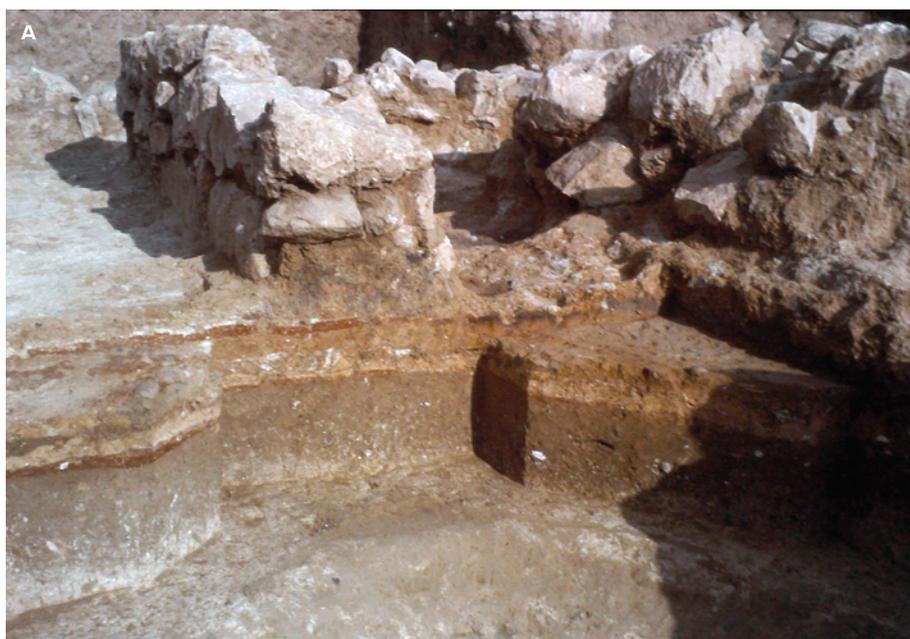


Figura 6. Agujero de saqueador en la esquina noroeste del túmulo 5F-4. A. Corte estratigráfico con el suelo de arcilla roja superior que corresponde al *bustum* del túmulo 5F-4 y el suelo de arcilla roja inferior sobre el suelo de greda natural del monumento turriforme. B. Restos del suelo de arcilla roja sobre una capa de guijarros. Fotos: MAG

Figure 6. Robbery hole in Northwest corner of the Iberian tumulus 5F-4. A. Stratigraphic section with the upper red clay soil corresponding to the *bustum* of the Iberian tumulus 5F-4 and the lower red clay soil on top of the natural loam soil of the bustum of the monument of Pozo Moro. B. Remains of red clay soil on a layer of pebbles. Photos: MAG

realizado en el pozo de saqueo de la esquina noroeste del encachado tumular 5F-4, donde dicho suelo de arcilla roja aparecía directamente sobre el suelo natural (figura 6A), lo que hace suponer que tendría una anchura parecida en los otros lados del monumento.

En consecuencia, el suelo de arcilla roja preparado para el *bustum* se extendería por lo menos unos

10 m de norte a sur y, probablemente, otros tantos de este a oeste, pues también se localizó en la cuadrícula 5D, donde aparecía por debajo de las tumbas 5D-5 y 5D-6 (figura 11A). En consecuencia, el suelo de arcilla roja preparado para el *bustum* mediría, como mínimo, 8 m de norte a sur por 10 m de este a oeste, por lo que se puede calcular su superficie en unos 80



Figura 7. A-B. Suelo de arcilla roja del *bustum* aparecido bajo el relleno de piedras del interior del monumento, con restos de tierra negra de la cremación. C-D. Restos del suelo de arcilla roja con restos de la tierra negra del *bustum* aparecidos al levantar el sillar PM17 del basamento. Fotos: MAG

Figure 7. A-B. Red clay floor of the *bustum* under the filling of stones inside the monument, with remains of the black earth from the cremation. C-D. Remains of the red clay soil and of black earth from the *bustum* that appeared when lifting the PM17 ashlar from the basement. Photos: MAG

a 100 m². Esta superficie parece muy amplia para un *bustum*, pero se puede comparar a la que ofrece el gran túmulo escalonado 5F-4, el único bien conocido, cuya superficie se puede calcular en un mínimo de 40 m², ya que su *bustum* ocupa y parece rebasar toda el área de *c.* 40 m² de este túmulo, que medía 6,48 m por 6,15 m de lado (figura 2). En consecuencia, la gran dimensión del *bustum* del estrato IV.B.4 concuerda con la importancia del monumento.

Por debajo del suelo de arcilla roja del *bustum* del monumento ya aparecía el suelo natural en todos los lugares en que se pudo comprobar. Este hecho evidencia que el monumento se construyó directamente sobre esta capa de arcilla roja dispuesta sobre el estrato de humus y greda que constituiría el suelo natural en el momento de iniciar la construcción (Estrato V.A).

En el interior de la base del monumento, hacia su parte oriental, la capa de arcilla roja del *bustum* ofrecía en un hoyo rehundido, situado entre -40 y -70 cm de profundidad, relleno de tierra muy oscura y quemada, que contenía cenizas y pequeños huesecillos de una cremación junto a restos muy quemados de un rico ajuar, que indudablemente se deben atribuir al *bustum* de la sepultura sobre la que se levantó el monumento de sillares. Esta mancha de tierra negra no tenía un contorno bien definido por estar deformada por las piedras del relleno del monumento, pero medía unos 80 cm en su lado menor por 100 a 120 cm en el lado mayor, y parecía ofrecer una forma ligeramente rectangular, con su eje mayor orientado de noreste a suroeste.

En conclusión, los restos aparecidos en la excavación permitieron observar que antes de construir el monumento de Pozo Moro se había preparado cuidadosamente una amplia superficie de casi 100 m² sobre la que se dispuso un suelo de arcilla roja colocado directamente sobre el paleosuelo natural gredoso con abundante humus del lugar que, al parecer, pudo haber sido previamente aplanado. Este suelo rojo debe interpretarse como una preparación para el *bustum* donde se realizaría la cremación ritual del cadáver, pues, hacia el centro de esa amplia superficie de tierra roja, aunque algo desviado hacia la parte noroeste, se debió disponer la pira de cremación del personaje destinatario del monumento, como evidenciaba la zona de tierra negra con arcilla quemada

y mezclada con cenizas, con pequeños fragmentos de huesos humanos y con restos sumamente calcinados del ajuar. Sin embargo, los restos de huesos hallados entre la tierra negra quemada y las cenizas sobre el citado suelo rojo del *bustum*, y el hecho de que solo aparecieran algunos fragmentos de los objetos depositados como ajuar, llevan a suponer que esos restos, probablemente, serían los residuos que no se llegaron a recoger cuando, tras la extinción del fuego de la pira funeraria, se debieron retirar los restos del muerto y de su ajuar, antes de proceder a montar, justo encima, el monumento de sillares, en el que es lógico suponer que se depositarían sus restos en una urna cineraria.

4. El *témenos*, el *períbolos* y el mosaico enguijarrado

En torno al monumento se organizó un complejo *témenos* en forma de *keftiu* o de «piel de toro» (*vid. infra*), que debía estar rodeado por un *períbolos* hecho con adobes (figura 4), cuyo color blanquecino se podía observar en algunos lugares, como en la esquina suroeste (figura 14). La estratigrafía mostraba que el suelo de este *témenos* estaba cubierto por un mosaico o pavimento de guijarros, a modo de un fino enguijarrado (figura 4), elemento que ha facilitado la identificación de estas estructuras. Este suelo de guijarros cubría todo el interior del *témenos*, dispuesto sobre la capa de arcilla roja que se había preparado para el *bustum*, pero también se habían enguijarrado unas franjas externas adosadas a los lados exteriores del *períbolos*. Estos enguijarrados constituyen un elemento de gran interés en este *heroon* monumental, pues este cuidado mosaico, además de servir como un elemento que daba suntuosidad al conjunto, también facilitaba la deambulación por el *témenos*, al mismo tiempo que tendría la función de sellar y proteger el *bustum* donde se había realizado la cremación del difunto heroizado, por lo que este suelo, muy probablemente, se consideraría un elemento de carácter sacro, sobre el que no podría caminar cualquier persona.

Este encachado que cubría el suelo del *témenos* estaba formado por multitud de pequeños guijarros rodados de cuarcita de unos 5 cm de largo, dispuestos

directamente sobre la arcilla roja del *bustum*, que había sido cubierta por una capa de arcilla de color rojizo claro utilizada para fijar los guijarros al suelo. Esta arcilla, al ser menos consistente que la que formaba el piso del *bustum*, no impedía que los guijarros pudieran desprenderse con facilidad. En consecuencia, el enguijarrado apareció bastante alterado por estar roto y por faltarle guijarros en numerosos lugares, tanto por haberse desprendido por erosión como al excavar los *loculi* de algunas tumbas de cremación de la posterior necrópolis ibérica, como las tumbas 5Dinc5 y 5Dinc6, en la parte sureste (figura 11), las 4Finc4, 4Finc5 y 4Finc7 en la esquina suroeste (figura 12A) o la 3Finc8 en la parte noroeste (figura 12B), por lo que toda su parte occidental estaba muy deteriorada (figura 5B). Sin embargo, en las zonas donde el mosaico estaba mejor conservado, como en su parte septentrional (figuras 2 y 8) o en la esquina suroeste (figuras 13 y 14) se pudo observar que se había construido con cuidado y con bastante regularidad.

El suelo de guijarros del *témenos* construido alrededor del monumento tenía su misma orientación, que se puede precisar en $112 \pm 1^\circ$ hacia el sureste (figura 4). Era de forma aproximadamente rectangular y medía entre sus puntos más extremos 10,80 m de noroeste a sureste por un mínimo de 8 m de noreste a suroeste y, aunque, por la parte meridional quedaba oculta por el gran túmulo escalonado 4Finc4 (figura 2), es lógico suponer que esa parte sería simétrica respecto a la del lado septentrional del monumento. En consecuencia, tendría aproximadamente 9 m de anchura, lo que supondría una proporción de 1:1,2, con una superficie total de unos 100 m².

Este mosaico de guijarros estaba adaptado al monumento, en función del cual se había construido. Sin embargo, no era uniforme ni todos los lados eran iguales, pues ofrecía una zona interior, adosada a los sillares del monumento, y otra exterior separada de la interior por una banda de adobe que parecen corresponder a la base de un muro o *períbolos*, cuya altura no se pudo conocer con seguridad al haberse conservado tan solo la base. Este *períbolos* no tenía la forma de un simple rectángulo con los bordes paralelos a los muros del monumento, como tampoco eran rectos los bordes externos de las bandas exteriores,

sino que tenía los bordes convexos, casi paralelos a los de la parte interna, y sus ángulos eran curvados y salientes (figuras 4, 5B, 13 y 14). Esta forma, bien conocida, se ha identificado con la de un *keftiu* o lingote de metal o la de una «piel de toro» (*vid. infra*).

El mosaico interno de Pozo Moro, situado al interior del *períbolos* en forma de «piel de toro», se puede considerar inscrito en un rectángulo teórico (figura 4). Sus lados más largos medían, de punta a punta de los extremos, 8,80 m (aproximadamente 30 pies de 30,4 cm = 20 codos de 45,6 cm = 9,12 m), aunque solo se pudo comprobar en la parte septentrional, pues la parte sureste estaba prácticamente toda destruida (figura 4). Los lados menores medían de punta a punta entre 6,80 y 7 m (quizás 24 pies de 30,4 cm = 16 codos de 45,6 cm = 7,29 m), si bien solo se conservaba el lado occidental, pues la parte meridional del lado oriental no se había conservado. En consecuencia, la parte interna del *témenos* pudiera considerarse inscrita en un rectángulo de 30 × 24 pies de 30,4 cm o de 20 × 16 codos de 45,6 cm, lo que supone una proporción 1:1,25.

Como el mosaico tiene forma de «piel de toro», la parte central es más estrecha, tanto en los lados menores como en los mayores. De noreste a suroeste, el mosaico de lado septentrional (figura 8) medía 128 cm hasta el lado norte del monumento, que mide 365 cm de ancho, mientras que el mosaico de lado meridional medía exactamente 124 cm, lo que da una anchura por la parte central, la más estrecha, de 617 cm. En sentido noroeste a sureste, el mosaico de lado occidental tenía una anchura de 200 cm hasta el lado oeste del monumento, mientras que el mosaico de lado oriental medía exactamente 208 cm, que, sumados a los 365 cm de anchura de la base del monumento, suponen que el interior del *témenos* mediría en sentido longitudinal 773 cm.

En la zona septentrional del enguijarrado, que era la mejor conservada, se seleccionaron dos zonas de 250 cm² para contar sus guijarros y calcular el número de guijarros por metro cuadrado. Los resultados fueron bastante homogéneos, pues permitieron precisar que había 218,5 ± 1,5 guijarros cada 250 cm², lo que supone entre 870 y 880 guijarros por metro cuadrado, cifra que podía elevarse hasta los 900/m² en las bandas exteriores, ya que estaban

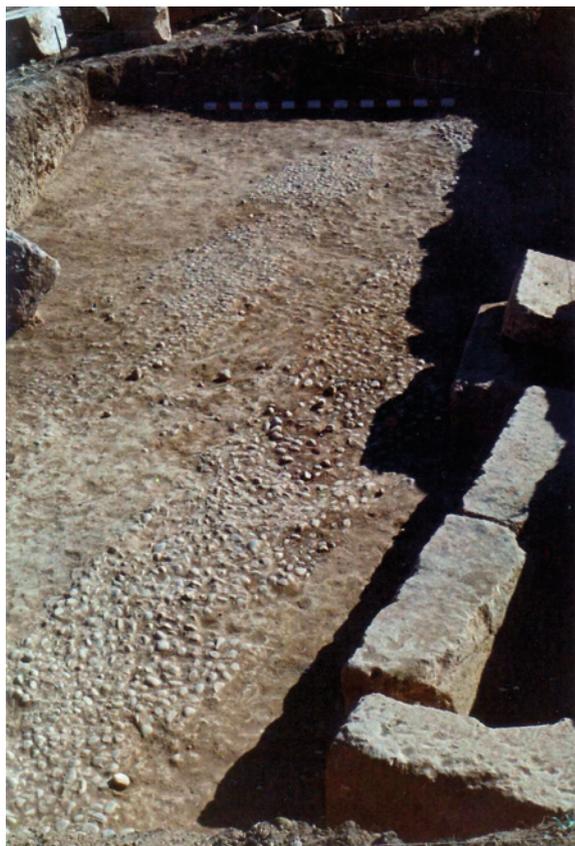


Figura 8. Engujarrado o mosaico de guijarros del lado septentrional del *témenos* del monumento de Pozo Moro. Foto: MAG

Figure 8. Pebble mosaic on the northern side of the *témenos* of the Pozo Moro monument. Photo: MAG

hechas con guijarros de tamaño algo menor. El mosaico interno del *témenos*, descontando los extremos apuntados, medía aproximadamente 8 m de noroeste a sureste por 6,5 m de noreste a suroeste, lo que supone unos 52 m², de los que hay que descontar los 13,3 m² que ocupa el monumento, por lo que se puede calcular que el mosaico ocupaba unos 40 m². En consecuencia, se debieron utilizar unos 35 000 guijarros para hacer el mosaico del *témenos*. Algo más difícil es calcular el número de guijarros utilizados en las bandas exteriores, pues son de distinta forma y estaban peor conservadas. Se puede calcular que la longitud total teórica de los cuatro lados sumaría unos 72 m lineales, con una anchura que podría calcularse entre 40 y 60 cm, lo que supondría de 30 a 40 m². Si se calcula la utilización de unos 900 guijarros por metro cuadrado en estas bandas externas, el número total que resulta es de 27 000 a 36 000 guijarros. Esta cifra, sumada a los 35 000 del interior del

témenos, permite calcular que se debieron utilizar entre 60 000 y 70 000 guijarros para hacer el mosaico. A partir del tamaño medio de los guijarros, que era de unos 5 cm de diámetro, lo que supone unos 15 cm³, se puede calcular el volumen y el peso de esa masa de guijarros. Su volumen total, sin contar los intersticios que quedan entre los guijarros, supondría aproximadamente 1 m³ de cuarcita, cuya masa pesaría unas 2,6 t. Estas cifras son en sí relativamente modestas, pero ayudan a comprender la técnica constructiva y resalta el interés del suelo engujarrado como elemento suntuario y de prestigio social y como elemento simbólico de carácter sacro.

El mosaico de guijarros era el elemento que mejor permitía identificar la forma y dimensiones del *témenos*, pero, además, estaba rodeado por un *períbolos* de altura desconocida, pues estaba destruido a ras del suelo. Este *períbolos* estaba construido con un muro de adobes de tierra rojiza clara unidos por una arcilla o greda blancuzca, claramente visible en los bordes exteriores del mosaico de guijarros (figura 15) y en el espacio libre que quedaba entre las dos bandas de guijarros en las cuadrículas D3 y E3 al norte del monumento (figura 8). La anchura de este *períbolos* se pudo documentar, a pesar de las irregularidades que presentaba al haberse perdido algunos guijarros de los bordes del mosaico. En el lado septentrional, el mejor conservado, la anchura del *períbolos* de adobe medía entre 56 y 68 cm de ancho y en la parte conservada del lado oriental, entre 60 y 65 cm. El lado meridional no se pudo observar al estar cubierto por el gran túmulo escalonado 5F-4. En el lado occidental su anchura era de 60 cm, aunque parecía afinarse hacia el extremo noroeste, donde apenas alcanzaba 52 cm. Estas medidas parecen indicar que el *períbolos* de adobe debió medir teóricamente 2 pies de ancho, unos 60 cm. Aunque su altura es desconocida, se podría calcular en 2 o 3 veces la anchura, lo que supone que pudo tener 4 o 6 pies de altura, de 120 cm a 180 cm, ya que una altura superior no era necesaria y sería menos estable. Al exterior de cada uno de los lados de este *períbolos* de adobe, adosadas a su cara externa, se dispusieron otras franjas de empedrado, en algunos lugares hechas con guijarros algo menores. Sus bordes, tanto internos como externos, eran ligeramente convexos,

como los muros del *períbolos*, y quedaban paralelos a los lados del monumento, pero el peor estado de conservación de este enguijarrado exterior no permite observaciones más precisas.

Un elemento importante de este mosaico de guijarros del *témenos* es que, en el centro de la parte occidental, quedaba unida al mosaico externo que rodeaba el monumento por un pequeño pasillo que medía 60 cm de ancho y otros 60 cm de largo (figuras 4 y 9), distancia que equivalente a 2 pies, una anchura semejante a la del *períbolos*. Este pasillo se puede interpretar como una abertura o puerta que comunicaba la parte interior del *témenos* con el mosaico exterior de ese lado occidental, por lo que constituiría el acceso al *témenos*. Este acceso estaba situado precisamente frente a la fachada occidental del monumento turriforme, donde debía estar el relieve con la figura de la diosa *Astart* con las alas desplegadas en actitud de proteger el *heroon* (*vid. infra*), lo que evidencia el carácter sacro y probablemente ritual de esa puerta de comunicación por la que se penetraba en el *témenos* por el lado más simbólico del monumento.

El *períbolos* apareció prácticamente arrasado a nivel del suelo y tampoco era buena la conservación del mosaico de guijarros, pues muchos cantos habían saltado con facilidad y en muchas zonas habían desaparecido por erosiones diversas y por la excavación de algunos *loculi* de tumbas ibéricas (figuras 11 a 13). Estos deterioros explican que el mosaico prácticamente haya desaparecido junto a los sillares del monumento, aunque se conservaban pequeños restos junto a los sillares PM17 y PM21 del lado septentrional (figura 5) y en menor número, junto al sillar PM23 del lado oriental y junto a los sillares PM29 y PM31 del lado meridional (figura 7B). La zona septentrional estaba relativamente bien conservada (figuras 2, 5A y 5B), pero en la parte oriental solo se conservaba la esquina suroeste, rota además por las cremaciones ibéricas 4Dinc5 y 4Dinc6 (figura 12A), pues la parte suroriental prácticamente había desaparecido, aunque pequeños restos informes se documentaron al excavar las cremaciones 5Dinc5 y 4Dinc6 de la necrópolis ibérica. La zona meridional estaba cubierta casi totalmente por el gran túmulo escalonado 5F-4, que se extendía hasta el muro del *períbolos* (figura 2), aunque

el agujero abierto por un saqueador en la esquina noroeste de dicho túmulo permitió observar algunos guijarros (figura 6B). El lado occidental estaba relativamente mejor conservado, pero roto por los *loculi* de varias tumbas ibéricas. En la zona suroeste, las cremaciones 4Finc5 y 4Finc6 (figura 5B) rompían el mosaico del interior del *períbolos* y la 4F-4 rompía el mosaico de la parte externa (figura 12A), mientras que la cremación 3Finc3 destruyó la esquina noroeste y el *loculus* de la cremación 3Finc8 había roto el muro del *períbolos* justo al norte del acceso al *témenos* (figura 9).

En conclusión, el *témenos* con su *períbolos* de adobes y su mosaico de guijarros era una estructura más compleja de lo que puede parecer a primera vista. Esta estructura estaba bien planificada y construida, de acuerdo con la metrología de todo el monumento, del que era un elemento fundamental, tanto por cubrir la capa de arcilla roja del *bustum* como por constituir una «piel de toro» como símbolo de carácter «mágico» y sobrenatural dispuesto como base y fundamento de todo el monumento. Esta compleja construcción de carácter simbólico se basaría en creencias míticas, ya que sobre esta «piel de toro», que probablemente tenía carácter mágico, se alzaba el monumento turriforme como *sema* o *nefesh* del personaje enterrado. En conclusión, el *témenos* del monumento de Pozo Moro formaba parte esencial del complejo monumental y tenía además un destacado carácter simbólico (*vid. infra*), por lo que es un elemento esencial del *heroon* turriforme.

5. Paralelos y significado del mosaico del *témenos*

El *témenos* dispuesto en torno al monumento de Pozo Moro ofrece dos elementos simbólicos importantes para interpretar el monumento y para comprender su carácter sacro: el pavimento hecho con un mosaico de guijarros y las esquinas incurvadas y alargadas en forma de «piel de toro».

El mosaico enguijarrado del *témenos* es una técnica de origen oriental, pero que está bien documentada en la península ibérica, donde se ha mantenido por tradición popular hasta la actualidad. Esta tradición



Figura 9. Zona occidental del suelo de guijarros del *témenos*. En la parte superior se aprecia el paso de comunicación con el exterior del *peribolos*. Foto: MAG

Figure 9. Western zone of the pebble soil of the *témenos* with the communication passage with the exterior of the *peribolos* in the upper part. Photo: MAG

permite saber que estos enguijarrados se «hacían con martillos de madera, para que no salten las piedras», según noticia recogida en vivo hace unos años en Burgos (Monesma, s.a.). En efecto, hasta fechas recientes, estos suelos de guijarros se usaban en vestíbulos, zaguanes y patios de edificios de carácter religioso, como iglesias y ermitas, y también de casas nobles, tradición que refleja su simbolismo religioso y de estatus social, probablemente asociado a un cierto carácter protector de quienes pisaban el mosaico.

Estos mosaicos de guijarros son un elemento de origen oriental, como ya se indicó en el estudio inicial de Pozo Moro (Almagro-Gorbea, 1983: 189, n. 63). Su valoración atrajo la atención de los estudiosos, que pronto valoraron su dispersión en la península ibérica y sus paralelos orientales (Blázquez y Valiente, 1981; Fernández Galiano, 1982; 1984; Fernández-Galiano y Valiente, 1983; García-Gelabert y Blázquez, 1992; etc.). En la península ibérica estos mosaicos enguijarrados, hechos con cantos generalmente de cuarcita o de caliza, han aparecido en

muchos poblados de toda Andalucía, en los que suelen asociarse a ámbitos en su mayoría de función religiosa, pero también se documentan en tumbas de alto rango social, tradición que se extendió hasta el Sureste. Los testimonios más antiguos, aunque discutibles (*vid. infra*), proceden de poblados, pues se ha supuesto que el pavimento de guijarros más antiguo documentado sería una «capa de cantos rodados ‘echados’ más que colocados» (García-Gelabert y Blázquez, 1992: 114), aparecida en el poblado del Bronce Final del Cerro de la Encina de Monachil, Granada, en un contexto fechado entre el 1000 y el 700 a. C., pero esta alta cronología plantea el problema de su anterioridad a los influjos fenicios, de los que parecería lógico que procediera (Arribas *et alii*, 1974: 39-40, lám. V-VII; Fernández-Galiano y Valiente, 1983: 22, fig. 1). Otro caso similar son las diversas estructuras de cantos halladas en los niveles 10 al 14 de la Colina de los Quemados, el *tell* de la *Corduba* prerromana (Luzón y Ruiz Mata, 1973: 35, fig. 6 y 8; Fernández-Galiano y Valiente, 1983: 30,



Figura 10. Estado del enguijarrado junto a los sillares del lado norte del monumento. Foto: MAG

Figure 10. The pebbles mosaic damaged next to the ashlars on the north side of the monument. Photo: MAG

fig. 6), donde aparecen en niveles anteriores a la presencia fenicia del siglo VIII a. C. y donde su uso prosigue hasta el siglo VI a. C. También se han señalado pavimentos de cantos rodados en la fase I del poblado de Alhonor, Sevilla (López Palomo, 1981: 42 s., fig. 115-122), fechada igualmente en el siglo VIII a. C., aunque en este poblado los suelos enguijarrados prosiguen en época ibérica, pues un «empedrado en arista viva» cubre la importante habitación situada al fondo de una gran vivienda de prestigio de unos 375 m², fechada entre los siglos IV y el II a. C. (López Palomo, 1981: 97 s., fig. 113; Almagro-Gorbea y Domínguez de la Concha, 1988-1989: 365 s.; Serrano, 2019), por lo que dicha estancia enguijarrada pudo ser el santuario.

Más conocido es el mosaico del «Santuario de la Muela» de *Castulo* (García-Gelabert y Blázquez, 1992: 118). La fase II, fechada en el siglo VII a. C., ofrece un mosaico de cantos hecho con pequeños guijarros redondos blanquecinos y otros alargados negros dispuestos sobre una cama de arcilla apisonada formando círculos que se cortan entre sí. En la fase III, datada en el siglo VI a. C. antes de abandonarse el santuario hacia el 500 a. C., aparecieron en el umbral del patio interior «restos de un mosaico de cantos rodados formando una estrecha franja de triángulos hechos

con guijarrillos alargados de color negro y triángulos rellenos de guijarros blancos redondeados» (García-Gelabert y Blázquez, 1992: fig. 1,2), dispuestos igualmente sobre un lecho de arcilla apisonada. Un gran mosaico similar, de unos 100 m², adornaba el suelo de la parte delantera del patio, con un ajedrezado en el que alternaban cuadrados de 0,42 a 0,44 m de lado (= 1 codo) formados por guijarros redondos muy regulares de color blanco y cantos alargados de color negro, más irregulares, colocados por su cara lateral (García-Gelabert y Blázquez, 1992: fig. 2). Este mosaico tenía una orla de triángulos como borde, que fue rehecha posteriormente a base de ondas de factura más tosca y descuidada.

En Carmona, la antigua *Carmona*, otra de las poblaciones tartesias más importantes, apareció un pavimento de cantos rodados asociado a cerámicas de retícula bruñida que permitirían datarlo hacia el siglo IX a. C. (Carriazo y Raddatz, 1980: 21 s., figs. 1 y 2). La misma técnica documentó G. Bonsor en El Acebuchal, en los Alcores de Carmona, en un conjunto de habitaciones en torno a un patio pavimentado de guijarros de época orientalizante (Bonsor, 1898: 95, fig. 136; Fernández-Galiano y Valiente, 1983: 33), que cabe suponer que tendría carácter sacro. También estos enguijarrados aparecen en la Huelva orientalizante, donde se utilizaban



Figura 11. Restos de la esquina sureste del mosaico, rota por las cremaciones ibéricas 4Dinc5 y 4Dinc6. Foto: MAG

Figure 11. Remains of the southeast corner of the pebbles mosaic, broken by the Iberian cremations 4Dinc5 and 4Dinc6. Photo: MAG

pequeñas lajas de pizarra puestas de canto, como en el Cabezo de San Pedro, posiblemente el *arx* de *Onuba* (Blázquez *et alii*, 1981: 183, 193, 199, figs. 70 y 72) y también se han documentado en el Cerro Salomón (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970: 10 s., lám. 10 s.).

Este tipo de enguijarrados también aparece con frecuencia asociado a sepulturas de alto estatus en necrópolis ibéricas, como la de Pozo Moro. Los primeros testimonios de esta tradición son algunas tumbas de élite del Periodo Orientalizante de los Alcores de Carmona. El fondo de un *bustum* de la necrópolis de la Cruz del Negro se pavimentó con pequeños guijarros (Bonsor, 1898: 79 s., figs. 75-76; Fernández-Galiano y Valiente, 1983: 34), por lo que podría considerarse un precedente del *bustum* de Pozo Moro, y un túmulo de Entremalo tenía una cámara central de 3,50 por 2,50 m cuyo suelo era una capa de guijarros de 40 cm de espesor (Bonsor, 1898: 100-103, fig. 140; Fernández-Galiano y Valiente, 1983: 34, fig. 8). En estos casos, el enguijarrado dispuesto en el suelo podría relacionarse con los tapices utilizados en Oriente en lechos regios como elemento de

prestigio (Stronach, 1993), como en los túmulos de Gordion (Young, 1981: 187 s.; Simpson, 1990), tapices que en ocasiones eran imitados por estos mosaicos de piedra (Young, 1965) o por pinturas en el suelo, como el tapiz pintado de la tumba 2 del área I de la necrópolis de Galera, Granada (Almagro-Gorbea, 2008).

En *Castulo* ha aparecido el conjunto más importante de sepulturas con mosaicos de guijarros de la *Hispania* prerromana (Blázquez y Valiente, 1981: 198 s.; García-Gelabert y Blázquez, 1992). En la necrópolis del Estacar de Robarinas, la de mayor densidad de ocupación, apareció un enguijarrado con cenefas o grecas fechado de fines del siglo v a mediados del iv a. C. (Remesal, 1979: 356). También aparecieron enguijarrados con menor proporción y riqueza de motivos en la necrópolis de Baños de la Muela, datada asimismo a fines del siglo v o inicios del iv a. C. El gran túmulo de Los Higueros, de 4,20 m de ancho, fechado a fines del siglo v o inicios del iv a. C., ofrecía un pavimento de cantos rodados blancos y negros que formaban cenefas o grecas (García-Gelabert y Blázquez, 1992: fig. 3). Igualmente, en la necrópolis jienense de Castellones



Figura 12. A. Enguijarrado del *téménos* roto por el *loculus* de la incineración 4Finc4. B. Enguijarrado del *téménos* roto por el *loculus* de la incineración 3Finc8. Fotos: MAG

Figure 12. A. The pebble mosaic of the *téménos* broken by *loculus* 4Finc4. B. The pebble mosaic of the *téménos* broken by the cremation *loculus* 3Finc8. Photos: MAG

de Ceal apareció un empedrado, rehecho dos veces, asociado a una cámara funeraria del siglo IV a. C. (Fernández Chicarro, 1956: 115-117) y otro enguijarrado con estructura de «espina de pez» ha aparecido en Giribaile (Alejo *et alii*, 2022: 166, fig. 11).

El uso de enguijarrados también se constata en necrópolis del Sureste de la Meseta, pues el paralelo más

interesante del enguijarrado de Pozo Moro es el mosaico de guijarros aparecido en la necrópolis del Cerro Gil, en Iniesta, Cuenca (Valero, 2005). La tumba 1026 de esta necrópolis era un túmulo cuadrado de 5 m de lado hecho de adobes y cal que estaba formado por tres plataformas escalonadas rodeadas de una zona libre de 1,5 m de ancho. La parte oriental de la primera plataforma se había cubierto con un mosaico que se extendía hasta el inicio de la segunda plataforma, en el centro de la cual se elevaba una tercera plataforma con la cista para la sepultura, cuyo ajuar se ha fechado a fines del siglo V o inicios del IV a. C. El mosaico de esta tumba estaba hecho con guijarros de cuarcita de color blanco, vinoso y gris, de 3,5 a 1 cm de tamaño, dispuestos sobre una capa de arcilla amarillenta semejante a los adobes del túmulo. El mosaico representa una figura de *Astart* con las alas desplegadas y con flores y aves en las manos, iconografía similar a la del relieve de la pared occidental del monumento de Pozo Moro, del que pudiera derivar. La diosa aparece franqueada por un monstruo lobuno a la izquierda y otra figura a la derecha más incierta por estar destruida, que se ha supuesto que tendrían carácter protector. También son de interés los encachados situados en torno al *bustum* o fosa funeraria de las tumbas 4 y 9 de la necrópolis orientalizante de Les Casetes, en Villajoyosa, Alicante (García Gandía, 2009: 46, fig. 16; 54 s., fig. 33-35 y 38), pues se fechan en el último cuarto del siglo VII a. C. (García Gandía, 2009: 178). La tumba 9, la mejor conservada, que mide 230 cm de longitud por 35 cm de anchura, tenía un enguijarrado hecho con pequeños cantos redondeados de distintos colores.

Estos pavimentos de guijarros se relacionan con los pavimentos de conchas marinas, pues guijarros y conchas parecen haber tenido la misma función, ya que los guijarros parecen sustituir a las conchas en tierras interiores, no solo en la península ibérica, sino también en Oriente. En diversos poblados fenicios y orientalizantes de Hispania han aparecido suelos o mosaicos de conchas del género *Glycymeris*, popularmente denominadas «almendras de mar», elegidas por su tamaño y dureza, probablemente recogidas ya muertas cuando el mar las arroja a la playa.

El uso de estos suelos se ha constatado desde el sur de Portugal hasta Alicante y ofrecen una cronología que se extiende desde el siglo IX al VI a. C. Escacena



Figura 13. Esquina suroeste del *téménos* perforado por los *loculi* de las tumbas ibéricas.
Foto: MAG

Figure 13. SW corner of the *téménos* perforated by the *loculi* of the Iberian tombs. Photo: MAG

y Vázquez Boza (2009) han señalado su presencia en Castro Marín, Portugal, en el siglo VI a. C., en Aljaraque, Huelva, en la misma fecha, y en Huelva, en la calle del Puerto 6, en el siglo VII a. C. y en la calle Botica 10-12, c. 560-500 a. C. Más interesantes son los mosaicos aparecidos en el poblado de El Carambolo, fechados desde el siglo IX al VI a. C., en ocasiones rehechos y superpuestos en el mismo lugar y en algún caso con las conchas pintadas de rojo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2005: 128), lo que confirma su carácter sacro y permite suponer que también pudo estar pintado el enguijarrado de Pozo Moro y otros similares. En la zona de Sevilla se han señalado pavimentos de conchas en el Cerro Mariana, en Cabezas de San Juan, la antigua *Conobaria*, en el umbral de una cabaña del siglo VIII a. C. En la zona de Cádiz aparecen en Pocito Chico, en el siglo IX a. C., y en Torre de Doña Blanca, en el VIII a. C., ambos en El Puerto de Santa María. En Málaga han aparecido en la calle Císter y en el Cerro de la Era de Benalmádena, del siglo VII-VI a. C., donde estos suelos se superponen como en El Carambolo, y también han aparecido en el Cerro del Villar, fechados en el siglo VII a. C. Un conjunto malagueño muy importante ha aparecido en umbrales de casas del siglo IX-VIII a. C. y en el foso de Los Castillejos de Alcorrín (figura 14) (Marzoli

et alii, 2009; Marzoli y Suárez, 2013), así como en viviendas periféricas (observación personal, 2019) y también se han documentado en la Casa de la Viña, de Torre del Mar, en el siglo VII a. C. Finalmente, un interesante conjunto formado por unas 400 conchas se halló en el poblado de El Oral, en Alicante, datado a inicios del siglo V a. C. (Abad y Sala, 1993: 171).

El interesante estudio de Escacena y Vázquez Boza (2009) señala que aparecen desde el siglo IX al VI a. C., generalmente en el umbral o en el vestíbulo o acceso de edificios sacros o suntuarios, por lo que sería un elemento protector de edificios de culto, pero también aparecen en el umbral de viviendas privadas, presumiblemente de élite, lo que confirmaría su carácter mágico apotropaico. Suelen aparecer en yacimientos situados junto al mar, hecho lógico, ya que las conchas se recogerían en la playa, mientras que en el interior se usaban cantos de cuarcita o de caliza, cuya forma convexa recuerda la de las conchas a las que sustituían. Estos mosaicos de conchas o de cantos son de evidente origen oriental, por lo que los pavimentos de guijarros hallados en poblados indígenas del Bronce Final del interior, como el Cerro de la Encina de Monachil o la Colina de los Quemados de Córdoba (*vid. supra*), ya reflejarían influjos coloniales fenicios.



Figura 14. Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga). Pavimento de conchas. ©DAI-Madrid. Nº inv. D-DAI-MAD-PAT-DG-015A-2010-010. Foto: J. Patterson. Cortesía D. Marzoli

Figure 14. Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Malaga). Shell pavement. ©DAI-Madrid. Inv. no. D-DAI-MAD-PAT-DG-015A-2010-010. Photo: J. Patterson. Courtesy D. Marzoli

La existencia de pavimentos de conchas en el Próximo Oriente ha sido repetidamente señalada (Almagro-Gorbea, 1983: 189, n. 63; Fernández-Galiano y Valiente, 1983; García-Gelabert y Blázquez, 1992; Escacena y Vázquez Boza, 2009; etc.). En la zona sirio-palestina estos mosaicos se remontan al Bronce Medio y perduran hasta la Edad del Hierro, lo que indica que los pavimentos de conchas son un elemento simbólico traído a Occidente por la colonización fenicia. En la región sirio-palestina se conocen diversos ejemplos, como Tell el- 'Ajjul, en Gaza, del Bronce Medio II, un edificio santuario del Bronce Final II de Tell Kazel, en Siria, que tal vez fuera un santuario arrasado en el siglo XIII a. C., las fases VIII y VII del Palacio de Megido, datadas c. 1300-1150 a. C., etc. Estos pavimentos de conchas del Antiguo Oriente se pueden relacionar con algunos suelos de guijarros hallados en yacimientos del interior, como Til Barsip (Thureau-Danguin y Dunand, 1936: 43 s. lám. 42,1) y Arslan Tash (Thureau-Danguin, 1931), ambos en el norte de Siria, fechados en la primera mitad del siglo VIII a. C., y con los citados mosaicos de Gordion en Frigia, aparecidos en áreas de habitación y datados c. 750-700 a. C. (Young, 1957: 320 s., 89,7; 1965; Salzmänn, 1982: 4 s.). El mosaico de Arslan-Tash se

ha comparado con el mosaico con ajedrezado de la fase III del Santuario de La Muela de *Castulo* (García-Gelabert y Blázquez, 1992: 7), mientras que los pavimentos de cantos rodados de Gordion ofrecen motivos bícromos, similares a los de los palacios asirios. Esta tradición de mosaicos de cantos rodados se difundió por la Grecia arcaica, siempre en ambientes sacros, como el recinto del santuario de Artemis Orthia, c. 700 a. C. y, ya a inicios del siglo VII a. C., la celda del *Heraion* de Delos y la del templo de Apolo en Delfos, mientras que los mosaicos del templo de Poseidón en Istmia son de pleno siglo VII a. C., como el situado en torno al altar del templo de Kalapodi (Salzmänn, 1982: 6), en todos los casos asociados a ambientes sacros.

Estos suelos de mosaico, sean de conchas o de guijarros, tanto en Oriente como en la península ibérica, tendrían función apotropaica por su ubicación a la entrada de edificios santuarios y en santuarios y lugares sacros (Poyato y Vázquez Hoys, 1989: 453). Escacena y Vázquez Boza (2009: 72) han sintetizado su función mágica protectora al señalar que «las superficies tapizadas con caparazones de moluscos pretendían [...] una protección mágica [...] del edificio, impidiendo [...] cualquier tipo de amenaza

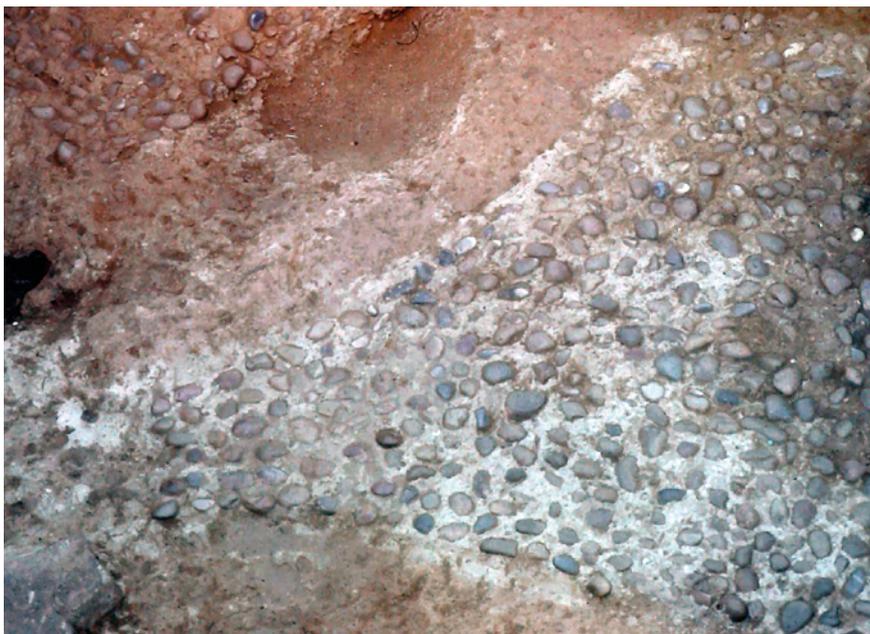


Figura 15. Enguijarrado de la esquina suroeste del *témenos* rodeado del *períbolos* de adobe de color blanquecino. Foto: MAG

Figure 15. Pebbles mosaic from the SW corner of the *témenos* surrounded by the whitish mud brick of the *períbolos*. Photo: MAG

o maleficio», interpretación que confirma el poema acadio del Descenso de *Isthar* a los Infiernos, en el que la gran diosa *Ereshkigal*, reina de «La Tierra sin Retorno», ordena a su visir *Nantar*: «Esparce en el umbral conchas apotropaicas [...]». A estos testimonios se añade el carácter protector de las conchas como símbolo mágico relacionado con la diosa *Astart-Venus*. Este carácter protector lo evidencian las tridacnas, en las que se representa a la divinidad con sus brazos y alas extendidas (Stucky, 1974; 2007). Además, también eran amuletos femeninos de protección mágica las conchas de *Cardium*, como se evidencia en la necrópolis de Medellín entre el 650 y el 500-475 a. C., pues son el único objeto marino del yacimiento. La semejanza de «concha» con el sexo femenino siempre se ha relacionado con *Astart* y *Venus*, simbolismo que remonta hasta la Diosa Madre del Neolítico Cardial en el Mediterráneo Occidental y el mismo significado ofrecen las conchas de *Cyprea moneta*, utilizadas como amuleto apotropaico, en ocasiones con función premonetal (Almagro-Gorbea, ed., 2008: 399 y 970).

En consecuencia, el mosaico de guijarros del *témenos* de Pozo Moro refleja una tradición de origen oriental, basada en el carácter apotropaico mágico

que tenían esos suelos de guijarros, cuya forma convexa sustituía en tierras interiores a las conchas como símbolos de la diosa *Astart*. Por ello, este mosaico del *témenos* tendría carácter mágico y protegería de todo mal al monumento como *nefesh* del difunto que «moraba» en su interior, como también protegería a todo el que pisara el *témenos* para los ritos funerarios, además de contribuir a realzar el carácter monumental y suntuario de toda la construcción.

6. Simbolismo de la forma de «piel de toro» del *témenos* de Pozo Moro

Otro elemento simbólico de interés en el *témenos* de Pozo Moro es su característica forma de «piel de toro». Inicialmente se relacionó con un *keftiu* o lingote de metal de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea, 1983: fig. 6, lám. 13 a), de acuerdo con la interpretación de algunos paralelos chipriotas (Schaeffer, 1964; 1965; Karageorghis, 1968: 264, lám. 65; Seeden, 1980: 123, lám. 112, nº 1794; Sabatini, 2007: 26 s., fig. 2 y 3). Sin embargo, este elemento simbólico tiene forma de «piel de buey» o, mejor, de «piel de toro», en griego *býrsa*, forma conocida como *oxhide* en la literatura

arqueológica anglosajona (*vid. infra*). Estas pieles de toro, al margen de su simbolismo sacro y mítico, debieron tener función premonetal, pues su forma fue imitada por los lingotes de metal de la Edad del Bronce, característicos de Chipre (Kassianidou, 2009), que se difundieron por el Egeo y el Mediterráneo Central (Lo Schiavo *et alii*, eds., 2009).

Esta forma de «piel de toro» era un elemento simbólico bien atestiguado en la Hispania prerromana. Es la forma que ofrece el pavimento sobre el que se alza la tumba monumental ibérica de tipo regio de la Dama de Galera, en Granada (Rodríguez-Ariza *et alii*, 2008; Almagro-Gorbea, 2008; 2009b), lo que ratifica su significado simbólico y su asociación a sepulturas reales como símbolo de sacralidad (Almagro-Gorbea y Torres, ed., 2010: 194, s., figs. 154-155), como en algunas figuritas de bronce chipriotas (*vid. supra*). También se ha supuesto que tendría forma de piel de toro la cámara de la Dama de Baza (Ruiz *et alii*, 1992: 411, 415, fig. 8; Caballero y Blánquez, 2022), el *bustum* ibérico del túmulo 18 de la necrópolis de Los Villares, en Hoya Gonzalo, Albacete (Blánquez, 1992: lám. 2a) y otros casos comparables de Castillejo de los Baños, Fortuna, Murcia (García Cano, 1992: 321), de Cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante (Uroz, 2006: 29, fig. 9) y de la calle Marsilla de Lorca, Murcia (Cárceles *et alii*, 2021), a los que se añade el hipogeo fenicio de la calle Mármoles en la *Mallaka* fenicia (Florido *et alii*, 2012). La misma forma ofrecen igualmente algunas joyas orientalizantes de la península ibérica, como los colgantes del Tesoro de El Carambolo (Nicolini, 1990: 509 s., lám. 184 y 186), y esa forma muestran algunas bandejas de bronce tartesias de La Joya en Huelva y de Gandul en Sevilla (Jiménez Ávila, 2002: 139 s., *passim*, fig. 99, lám. 23), lo que indica que era un símbolo bien conocido en la Hispania orientalizante.

De particular interés son los altares con forma de «piel de toro» (Celestino, 2008) como el *témenos* de Pozo Moro. Dichos altares deben considerarse *eschárai* dedicadas a cultos ctónicos de carácter heroico, relacionadas con el antepasado, probablemente el *Héros ktístes* o Héroe Fundador (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, *passim*), como lo confirma su asociación en ocasiones a un *bothros* (Almagro-Gorbea *et*

alii, 2011). Estas *eschárai* tienen su precedente formal en el hogar ritual situado en el centro del *mégaron* de los *anáktora* o palacios del Heládico Inicial II, c. 2500-2300 a. C., como los de Lerna y Berbati (Caskey, 1990: 13, 15 s., figs. 4-5 y 7). Su explicación mítica la ofrece el mito del héroe civilizador hitita *Telepinu*, hijo del Dios de la Tormenta, quien, como Héroe Fundador protector del reino y de sus fronteras, fundó el hogar doméstico e institucionalizó el primer sacrificio sobre una «piel de toro». Ese hogar era un altar «enraizado en el suelo», pues estaba dispuesto sobre una *piel de toro* (CTH 414, KUB XXIX 1, III 37-IV 28) para dar estabilidad al reino. Esa «piel de toro» era el hogar primordial de la ciudad, situado en la *regia* o *prytanéion*. Según este mito de fundación, al encender el nuevo fuego en ese hogar sagrado, ese hogar se constituía como centro onfálico de la población y se iniciaba un nuevo tiempo. Por consiguiente, la forma de «piel de toro» simbolizaba al Héroe Fundador y recordaría su *sacrificio primordial*, semejante al instituido por Gilgamesh tras matar al Toro Celeste, mítema de la mitología sumeria muy extendido en la Antigüedad, ya que era la base del poder político del rey, además de ser el mito esencial de la alianza de los dioses y los hombres (Almagro-Gorbea, 2002). En consecuencia, la forma de «piel de toro» del *témenos* de Pozo Moro era un símbolo de origen mítico relacionado con el Fundador y «Primer Rey» (Almagro-Gorbea *et alii*, 2011), por lo que transmitiría una idea de poder y de riqueza asociado a la divinidad y a la monarquía sacra y a la alianza entre dioses y hombres protagonizada por el Héroe Fundador.

Ese significado es el que cabe atribuir a las figuras de bronce de divinidades chipriotas que se alzan sobre una «piel de toro» (figura 17), aunque generalmente esta se interpreta como un lingote. La más conocida es el *Smiting god* de Enkomi (Schaeffer, 1964; 1971: 506-510, lám. 21; Karageorghis, 1968: 264, lám. 65; Collon, 1972: 122, fig. 6, n° 3; Negbi, 1976: n° 1405; Seeden, 1980: 123, lám. 112, n° 1794; Sabatini, 2007: 29 s.; etc.), figura en ocasiones interpretada como el dios Nergal-Reshef (Schaeffer, 1965; 1971: 506-510; Lagarce y Lagarce, 1997: 86, 95; Sabatini, 2007: 19 s.). Otro caso similar es una divinidad femenina procedente de Chipre, conservada en el Ashmolean Museum de



Figura 16. Estatua monumental de culto funerario de un rey de Zincirli. Foto: Akurgal, 1962: lám. 127

Figure 16. Monumental funerary cult statue of a king of Zincirli. Photo: Akurgal, 1962: pl. 127

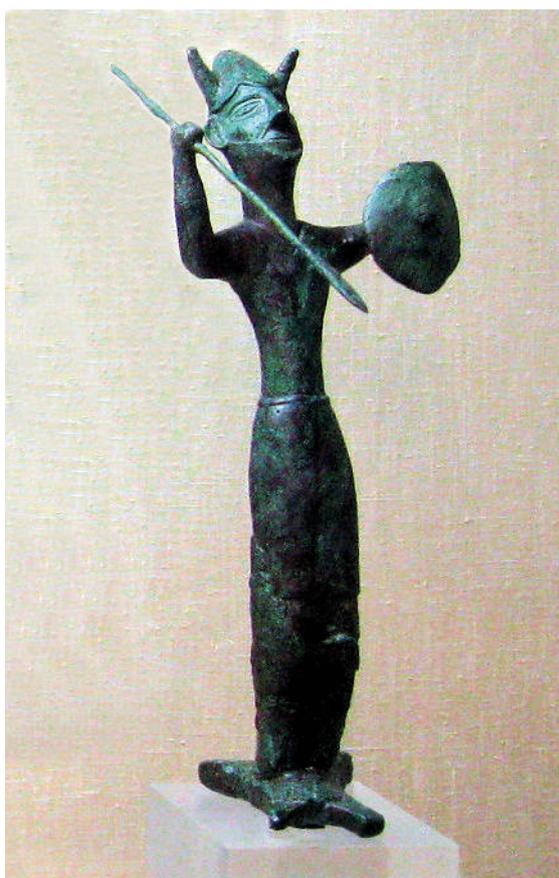


Figura 17. Smitig god de Enkomi, Chipre, sobre una «piel de toro». Foto: Wikipedia de Gerhard Haubold, Hattingen

Figure 17. Smitig god from Enkomi, Cyprus, on an "ox hide", perhaps a ritual eschára. Photo: Wikipedia by Gerhard Haubold, Hattingen

Oxford (Catling, 1971: n° AN1971.888), que pudiera representar a *Astart-Afrodita*. Estas figuras probablemente serían la divinidad protectora de la familia regia en su *epipháneia* o aparición mágica en el hogar sagrado regio o *eschára* en forma de *hýrsa* (Gómez Peña, 2010: 139; Escacena, 2011: 173).

Este contexto mítico, que explica la forma de «piel de toro» en que se apoyan las figuras de divinidad de bronce chipriotas, también permite interpretar la forma del *témenos* enguijarrado de Pozo Moro. En Pozo Moro, el monumento turriforme se alza sobre la «piel de toro», al igual que las figuras chipriotas mencionadas (figuras 3 y 17). Esta semejanza formal refleja su equivalencia mítica, que confirma el simbolismo sacro del monumento de Pozo Moro alzado sobre un *témenos* en forma de «piel de toro». La disposición sobre una «piel de toro» evidencia que el monumento turriforme de Pozo

Moro sustituye y simboliza la imagen de la divinidad, pues se concibió como representación simbólica del personaje divinizado en él enterrado. Este simbolismo confirma la interpretación del monumento como *nefesh* del difunto, que pasó a ser el *Numen loci* como Héroe Fundador del lugar, cuyas gentes siguieron enterrándose en su entorno durante siglos (Alcalá-Zamora, 2003).

7. El monumento turriforme como *nefesh* y representación del rey difundo divinizado

El significado como *nefesh* del difunto del monumento de Pozo Moro se relaciona con algunas esculturas orientales datadas a partir del III milenio a. C. (Amiet, 1977: lám. 51-52, 60, 104, etc.; Collon, 1995:

fig. 43, 90, 112), entre las que destacan más de 30 esculturas estantes de los reinos nordsirios de fines del II e inicios del I milenio a. C. (Orthmann 1971: 287 s., lám. 4b, 7d, 13, 32c, 41e, 62,c-3, etc.; Genge, 1979; Bonatz, 2000: lám. I-IV, nº A1 a A13 y VII, nº B-13; 2000a; Almagro-Gorbea y Torres, 2010: 146 s., fig. 118A-E). Estas esculturas tienen precedentes hititas, como la gigantesca escultura de un dios hitita de Fasillar, al sureste de Konya, de 8 m de alto, datada en la segunda mitad del siglo XIII a. C., que precisamente se alza sobre dos leones (Bittel, 1976: fig. 264; Almagro-Gorbea y Torres, 2010: fig. 114B). Esta iconografía prosigue en los reinos sirio-hititas de la Edad del Hierro para representar al rey divinizado (Akurgal, 1961: 109, 126-127; Orthmann 1971: 287 s., lám. 4b, 7d, 13, 32c, 41e, 62,c-3, etc.; Genge, 1979: lám. 101, 103; Bonatz, 2000: lám. I-IV y VII-B13; Almagro-Gorbea y Torres, 2010: 146 s., fig. 114C-D y 118A-E; Gilibert 2011: 76 s.), como el dios *Tarhunzas* de Karatepe (Çambely-Öziar, 2003: lám. 218) o la estatua monumental de un rey de Zincirli (Orthmann, 1971: lám. 62,c-d; Bittel, 1976: fig. 303; Gilibert, 2011: 76 s.), destinada al culto funerario (figura 16). Estas esculturas pueden ser de tamaño monumental (Almagro-Gorbea y Torres, 2010: 114B-D) y por su contexto e inscripciones se relacionan con el culto funerario regio (Bonatz, 2000: 151 s.), como las del santuario dinástico de Tell Halaf (Oppenheimer, 1931: 111, 170; Naumann, 1950: 357 s., 395, fig. 173, lám. I y 70 s.; Moorgart, 1955: 120 s., lám. 146 s.; Niehr, 2001: 91 s., fig. 2-3; Naumann, 1950; Almagro-Gorbea y Torres, 2010: fig. 115-117), que demuestra la importancia que tenían los cultos funerarios regios sirio-hititas originarios del ritual hitita regio (Niehr, 1994; 2001), en el que el rey difunto se representa como una divinidad y recibía tras su muerte los mismos sacrificios que los dioses (Voos, 1986: 46, 166, 169 s.; 1988; Niehr, 1994: 64 s.).

Estos cultos dinásticos ya se documentan en Ebla (Matthiae, 1979; 1992; Bonatz, 2000a: 196 s, fig. 11) y se extienden hasta el final del imperio hitita desde de Ugarit a Hattusas (Bonatz, 2000a: 201). Su sede era un santuario funerario asociado a la tumba del rey difunto divinizado, que mágicamente estaba presente por su escultura, como la de *Idrimi* en Alalakh y las esculturas de las tumbas regias de Qatna

(Almagro-Gorbea y Torres, 2010, *passim*). En estos ritos participaba mágicamente el rey difunto, como evidencian los textos de Ugarit (Xella 1991: 190; Dietrich y Maier, 1997; Bonatz, 2000a: 201), ritos que en Malatya se realizaban en la puerta de la ciudad (Bonatz, 2000: 151 s., fig. 42; 2000a: 204). Estos cultos explican el significado de las esculturas regias sirio-hititas, generalmente estantes y en ocasiones sobre leones, con cetros, espantamoscas y espadas como atributos regios, asociadas al ritual funerario real, pues eran el *nefesh* del rey divinizado *post mortem* en su culto funerario (Orthmann, 1971: 287 s., lám. 4b, 7d, 13, 32c, 41e, 62,c-3, etc.; Genge, 1979; Bonatz, 2000: lám. I-IV y VII-B13; Almagro-Gorbea y Torres, 2010: 146 s., fig. 118A-E; Gilibert, 2011: 76 s.). Estas esculturas regias son características de los estados del norte de Siria a partir del siglo X a. C. hasta la expansión asiria del siglo VIII a. C. (Klengel, 2000; Masón, 2000), pero la costumbre llegó hasta Frigia a fines del siglo VII e inicios del VI a. C. (Draycott y Summers, 2008) y hasta Tartessos, como lo indica el Gigante de Ronda en el siglo VI a. C. (Almagro-Gorbea y Torres, 2010: 138 s.).

Estas esculturas, por su carácter funerario regio que explicitan su contexto y algunas inscripciones, eran el *nefesh* del rey difunto, lo que evidencia su función ideológica (Bonatz, 2000). Algunas son monumentales, pues llegan a medir hasta 3,20 m de altura, y se sustentan sobre leones de carácter apotropaico que resaltaban el carácter divino y regio del monumento, por lo que constituyen el precedente, formal e ideológico, de los monumentos turiformes fenicios como el *Méghâzil* B de Amrit y el monumento de Pozo Moro, que ofrecen el mismo significado de *nefesh* del rey difunto divinizado con un carácter más abstracto, significado similar al de la representación del rey *Ahiram* de Biblos en su sarcófago monumental sostenido por leones (Montet, 1928: 232-233, lám. 131; Haran, 1958; Chehab, 1971; Porada, 1973; Gubel, 1987: 37 s., lám. 1; Herrmann, 1996: fig. 2; Rehm, 2004: lám. 1-3). En este proceso, la representación con forma humana del rey divinizado de la estatuaria monumental sirio-hitita y la que ofrece la figura de bronce del *Smiting God* de Enkomi en Chipre (*vid. supra*) fueron sustituidas por un símbolo abstracto, que era el

propio monumento turriforme, en forma de un gran pilar a modo de obelisco o estela monumental, que solía estar rematado en un *pyramidion* (Almagro-Gorbea, 2023; e.p. b) y que tenía la misma función de *nefesh* del rey difunto.

8. Conclusión

El *témenos* de Pozo Moro con su mosaico de guijarros y su *períbolos* de adobes era una estructura más compleja de lo que aparenta a primera vista, pues formaba parte fundamental de la ideología y del imaginario de origen oriental que transmitía el monumento. Por ello, es interesante que la estructura funeraria turriforme rodeada por un *témenos* en forma de piel de toro, que por sus características debe considerarse una creación fenicia, parece ser el origen de las «tumbas de *témenos*» licias, caracterizadas por un pequeño *témenos* que rodea el pilar funerario alzado sobre una *krepís*, datadas a partir del periodo arcaico (Işık, 1998: 172), como las documentadas en Xanthos, Apollonia y Trysa (Işık, 1998; Dönmez y Schürr, 2015), aunque también hay que tener presente que la tumba del *Héros ktístes* en Grecia podía estar rodeada de un *témenos*, como en el *heroon* de Poseidonia-Paestum de c. 520-510 a. C., de fecha muy próxima a Pozo Moro (Greco, 2014).

El *témenos* de Pozo Moro tenía un marcado carácter ritual, pues cubría la capa de arcilla del *bustum* con su forma de «piel de toro» de carácter mágico y protector, basada en creencias míticas. Sobre esa «piel de toro» se alzaba el monumento turriforme como *nefesh* del personaje enterrado y como símbolo de su poder sacro al equipararse a una divinidad. Por lo tanto, este *témenos*, por su carácter sagrado y su complejo simbolismo, era un elemento esencial del *heroon* monumental.

Esta disposición del *heroon* de Pozo Moro sobre un *témenos* en forma de piel de toro resulta esencial para interpretar el monumento, ya que permite comprender su significado simbólico y sobrenatural. La disposición de la torre sepulcral de Pozo Moro sobre un *témenos* en forma de piel de toro es la misma disposición y tiene el mismo significado que las figuras de divinidad de bronce chipriotas analizadas,

pero también recoge el simbolismo de las esculturas monumentales regias sirio-hititas sobre leones (Almagro-Gorbea, 1983: 189 s.; *vid. supra*).

El monumento turriforme de Pozo Moro era la representación mágica del difunto divinizado. La estela o *nefesh* del difunto formaba parte esencial del ritual funerario y de las creencias de la religión y de la cosmología fenicio-púnica (Ferron, 1975: 287-303; Benichou-Safar, 1982: 81-82; Uberti, 1995: 423; Prados, 2008: 237 s.), pues equivalía a la *estela erigida para el culto al antepasado real divinizado* (Loretz, 1989). En consecuencia, el monumento funerario concebido como *nefesh* en el mundo fenicio era un elemento mágico, comparable a la estela o túmulo concebido como *sema* en el mundo griego, el *herma* o materialización visible de *Hermes* como dios de los muertos (Nilsson, 1955: 474 s.; Henry y Kelp, eds., 2016), como también sería semejante a las estelas dispuestas sobre los túmulos celtas (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011: 228). Esas estelas de piedra dispuestas sobre un túmulo funerario eran una *sema* o «señal» que se consideraba el símbolo sobrenatural y mágico del difunto, pues era también la morada del dios *Hermes*, dios de los muertos, por lo que constituía el punto de unión del inframundo, de la tierra y del cielo y, por tanto, el lugar en que moraba y se manifestaba el héroe ancestral concebido como *Numen loci*, Padre y Patrono de la población y del territorio. En consecuencia, el monumento turriforme de Pozo Moro, apoyado en el carácter sobrenatural de la piel de toro, era un lugar onfálico de comunicación con el Más Allá (Almagro-Gorbea, 2006: 24 s.; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011: 147-151). El monumento de Pozo Moro, con función de estela funeraria, era un símbolo mágico activo, identificado con el ancestro. Esta concepción la confirma el *heroon* turriforme levantado cerca de Focea (Cahill, 1988), seguramente de época aqueménida, a cuyo pie en el suelo de su lado oriental hay un agujero circular (observación personal, 6-2018), que debió usarse como el *bothros*, un elemento ritual esencial para el sacrificio heroico funerario (Ekroth, 2002). Este elemento no ha aparecido en Pozo Moro, quizás por su mal estado de conservación, que impide conocer qué elementos había en el *témenos* para el culto funerario que, sin duda, se rendiría en ese lugar.

El monumento de Pozo Moro, alzado sobre un *témenos* enguajarrado en forma de piel de toro, fue concebido como *nefesh* del difunto heroizado. El mejor paralelo arquitectónico actualmente conocido son los monumentos turriformes de Amrit, la antigua Arados, que los habitantes del lugar denominan *al-Maghazel* o «ejes de rotación» (Renan, 1864: lám. 7-17; Perrot y Chipiez, 1885: 144 s.; Saliby, 1989; Prados, 2008: 105 s.), idea que alude a un carácter onfálico, pero un monumento parecido con leones de piedra debió existir en la necrópolis fenicia de Puente de Noy, en *Sexi*, asociado a una cámara funeraria (Almagro-Gorbea, 1983a). Estos monumentos, construidos sobre una cámara funeraria probablemente perteneciente a la dinastía regia, se alzaban como un betilo monumental, en ocasiones sostenido por leones de su base (Renan, 1864: lám. 13), tradición heredada de las esculturas funeraria regias sirio-hititas. El monumento turriforme de Amrit es de fines del siglo VII o de inicios del VI a. C., pero la asociación de un hipogeo a un monumento turriforme es una reelaboración fenicia de una idea originaria de Egipto, como se ha señalado hace años (Cumont, 1917: 216; Cid, 1949: 95 s. fig. 1; Will, 1949: 281; Gamer, 1981; Almagro-Gorbea, 1983: 213 s.; Prados, 2008; etc.). El significado de esta construcción turriforme procede de la tradición egipcia de construir una capilla funeraria sobre la tumba (Poinssot y Salomonson, 1963: 75 n. 4; Picard, 1973; etc.), capilla que se asociaba a una pirámide o *pyramidion* por su carácter simbólico y mágico relacionado con la resurrección y la vida en el Otro Mundo (Petrie, 1930: 19; McCown, 1947: fig. 8; Perrot y Chipiez, 1882: 250, fig. 161; 301-307, fig. 187-194; Rammant-Peeters, 1983; etc.). En consecuencia, el simbolismo de estos monumentos rematados en una pirámide procede de Egipto, pues deriva de la tradición simbólica del obelisco como monumento de culto al sol, del que era su símbolo, originariamente asociado a la pirámide en los santuarios de culto al faraón y de culto a Ra como «Dios del sol» (Martin, 1977: 18 s.), santuarios en los que el obelisco garantizaba la vida, la prosperidad y la resurrección (Martin, 1977: 201; Rammant-Peeters, 1983).

Esta tradición simbólica tuvo una larga evolución en Egipto. A partir de la V dinastía se colocaba una pareja de obeliscos como símbolo funerario a

la entrada de las tumbas como monumento conmemorativo del difunto (Kuentz, 1932: 1-18, n.º 1308-1315 y 17001-1710bis; Martin, 1977: 5 s., 42 s., 48 s., fig. 7a; Wagner, 1980: 115). De este uso procede la forma de *pyramidion* que tiene el remate del monumento funerario que se alzaba sobre la tumba a partir del Imperio Medio (Rammant-Peeters, 1983) y que perduró hasta época romana. Este elemento simbólico de carácter mágico originario de Egipto se introdujo en Fenicia ya a finales del III milenio a. C., como muestra el Santuario de los Obeliscos de Biblos. Su uso prosiguió durante la Edad del Bronce (Dunand, 1950: lám. 20 30; 1971: 35 s., lám. 66, 67; Wagner, 1980: 112 s.) hasta época tardía, como lo evidencia el monumento funerario o *masseba* en forma de obelisco dedicada a Eshmun-Adonis en Kition (Markoe, 2003: 124), idea de la que proceden los cipos funerarios fenicio-púnicos rematados en una pirámide (Almagro-Gorbea, 2010: 238 s.).

De esta costumbre procede la forma de *pyramidion* del techo del monumento alzado sobre las tumbas egipcias a partir del Imperio Medio (Rammant-Peeters, 1983), modelo que se extendió hasta Fenicia y Palestina en el I milenio a. C., como la llamada Tumba de la Hermana del Faraón, fechada c. 700 a. C. (Avigad, 1954: 18 s. fig. 134; Prados, 2008: 104, fig. 81), o la Tumba de Zacarías, ya de época helenística (Avigad, 1954: 79 s.; Ussishkin, 1993: 43 s.), ambas en el valle del Cedrón en Jerusalén, que evidencian la antigüedad y larga tradición de estos monumentos en la región de sirio-fenicia, tradición de la que derivarían las sepulturas prismáticas rupestres turriformes.

Los fenicios extendieron por el Mediterráneo estos monumentos, cuyo elemento esencial era el carácter mágico del *pyramidion*, que, como su nombre indica, eran cuatro caras apiramidadas separadas por aristas, un elemento muy visible que, ante todo, era un símbolo de resurrección al recibir el primer rayo del sol. A esta idea se sumaba la tradición fenicia de considerar el obelisco y el betilo como morada del difunto divinizado, es decir, su *nefesh* o «alma viviente» (Ferron, 1975), simbolismo que explica el profundo significado de todos estos monumentos turriformes y la aparición de cipos en forma de obelisco en necrópolis fenicias y púnicas, como el cipo de Villaricos (Almagro-Gorbea, 2010: 237 s.).

El mismo simbolismo tendría la cúspide piramidal del monumento de Pozo Moro, que parece haber tenido forma de *pyramidion*, con un significado simbólico estrechamente relacionado con las concepciones mágicas asociadas al obelisco (Almagro-Gorbea, 2010: 239). En efecto, en Fenicia el obelisco y el betilo (*bet-il*) eran la *masseba* o morada de la divinidad y, en concreto, la «estela de los dioses ancestrales», relacionados con los ancestros o difuntos, como recogen los textos de Ugarit (De Moor, 1986: 407), por lo que eran en sí mismos un elemento de culto como *nefesh* del difunto divinizado (Graesser, 1972: 59 s.; Stockton, 1975). Así lo indica el obelisco del templo de Biblos dedicado a *Abishemu*, rey de Biblos enterrado en la tumba 1 de la necrópolis (Montet, 1928: 143 s.; Dunand, 1950: lám. 32,2; Wagner, 1980: 113, 116), contemporáneo de Amenemhat III (c. 1842-1797 a. C.), por lo que dicho obelisco se consideraba el *nefesh* o alma mítica del rey difunto (Dussaud, 1935; Fantar, 1970: 17 s.; Ferron, 1975).

Este simbolismo solar y su carácter mágico de resurrección se extendió desde la zona sirio-fenicia, a partir del siglo VII a. C., a las sepulturas turriformes monumentales de forma piramidal o rematadas por un elemento piramidal de todo el Oriente Próximo. Entre ellas destaca la levantada en las proximidades de Focea, generalmente considerada de fecha aqueménida (Cahill, 1988), aunque se ha relacionado con sepulturas frigias (Bean, 1979: 97, fig. 23, lám. 20), fechadas a partir del siglo VIII-VII a. C. (Perrot y Chipiez, 1890: fig. 48-50, 64; Akurgal, 1955: 87 s., lám. 36; 1961: 86 s., fig. 51-53; Haspels, 1971; Berndt-Ersöz, 2006; etc.), e igualmente puede relacionarse con las primeras tumbas turriformes licias (Demargne, 1958; Deltour-Levie, 1982). De estas tradiciones del Asia Menor procederían las tumbas de dado etruscas (Akerstrom, 1934: 73-80, fig. 15), cuyas molduras en gola (Dennis, 1878: 8, 15, figs. 1-6; Akerstrom, 1934: 102-106, fig. 20, láms. 1, 2), indican su origen egipcio, probablemente con intermediación fenicia.

Estas sepulturas monumentales turriformes acabadas en un *pyramidion* asociaban a su aspecto monumental un carácter mágico como *betilo*, *sema* o *nefesh* del difunto divinizado para eternizar su recuerdo y su presencia entre los vivos, como los *Meghaziles*

de Amrit (Picard, 1973: 31-35; Prados, 2008: 105 s.), lo que explica el carácter mágico del monumento de Pozo Moro. En esta tradición de divinización regia se incluye la Tumba de Ciro en Pasargarda (Nylander, 1970: 91-102; Stronach, 1978: 24-43) y sus imitaciones posteriores (Nylander, 1970: 75-91; Stronach, 1978: 300-304), que prosiguen hasta el mausoleo de Halicarnaso (Breen, 1942; VV.AA., 1991-2000) y las grandes sepulturas helenísticas de Oriente (Lawrence, 1957: 195 s.; Dinsmoor, 1950: 257 s., 329 s.; etc.). Esta tradición de sepulturas monumentales se mantuvo en el área sirio-fenicio-palestina hasta época romana (Will, 1949), como ocurrió en el Mediterráneo occidental, donde ya se percibe su influjo en las tumbas de «dado» orientalizantes etruscas (Akerstrom, 1934, 73-80, fig. 15) y, siglos después, en algunas sepulturas helenísticas (Dinsmoor, 1950: 330). El mejor testimonio son los mausoleos reales númidas (Poinsot y Salomonson, 1963: 57-79; Rakob, 1979; Prados, 2008: 139 s.), como el de Sabratha B (de Vita, 1976; Rakob, 1979: 119-171), pero también había monumentos púnicos similares, de los que existen testimonios pintados (Cintas y Gobert, 1939; Ferron, 1968; Prados, 2008: 185 s.). Una tradición paralela de monumentos turriformes de origen fenicio perduró en la península ibérica prácticamente hasta época romana (Almagro-Gorbea, 1983: 263 s.; Prados, 2008: 241 s.).

Por ello, esta larga tradición de sepulturas turriformes, desde las tumbas fenicias más simples de época orientalizante, como los monumentos de Amrit, hasta las monumentales tumbas helenísticas de Oriente, los mausoleos reales númidas del norte de África y las tumbas turriformes ibéricas, explica el complejo origen y la diversidad de los monumentos turriformes romanos, que representan el final de esta tradición de *longe durée* (Almagro-Gorbea, 1983: 214, n. 207; Prados, 2008, *passim*). Esta tradición oriental de sepulturas turriformes monumentales de carácter sacro, que recogía también la tradición de esculturas monumentales para representar al rey difunto divinizado en los reinos sirio-hititas, eran la representación mágica del *nefesh* del difunto. Según estas creencias, apoyadas en los paralelos citados, el monumento de Pozo Moro era la imagen mágica del personaje divinizado allí enterrado,alzada sobre un

témenos en forma de «piel de toro» que simbolizaba y expresaba el carácter divino y regio como Héroe Fundador que tenía su constructor, que lo construyó para eternizar su memoria y su presencia entre los vivos, en especial entre sus descendientes, como su Padre y Patrono protector desde el Más Allá, al mismo tiempo que, como tumba regia, afirmaba, resaltaba y recordaba su riqueza y poder.

Bibliografía

- Abad, L. y Sala, F. (1993): *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Trabajos Varios del S.I.P. 90. Valencia.
- Akerström, A. (1934): *Studien über die etruskischen Gräber*. Acta Instituti Romani Regni Sueciae, 3. Lund.
- Akurgal, E. (1955): *Phrygische Kunst*. Ankara.
- Akurgal, E. (1961): *Die Kunst Anatoliens von Homer bis Alexander*. Berlin.
- Alcalá-Zamora, L. (2003): *La necrópolis ibérica de Pozo Moro*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 23. Madrid.
- Alejo Armijo, M., Gutiérrez Soler, L. M., Prados, F., Ortiz, A. J. y Alejo Sáez, J. A. (2022): “El monumento fundacional de la plataforma inferior de Giribaile (Jaén). Espacio ideológico de arquitectura social y representativa”. *Trabajos de Prehistoria*, 79,1: 159-174. <<https://doi.org/10.3989/tp.2022.12293>>.
- Almagro-Gorbea, M. (1983): “Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica”. *Madrider Mitteilungen*, 24: 177-392.
- Almagro-Gorbea, M. (1983a): “Los leones de Puente de Noy. Un monumento turriforme funerario fenicio en la Península Ibérica”. En F. Molina: *Almuñécar, Arqueología e Historia*. Granada: 89-106.
- Almagro-Gorbea, M. (1996): “Pozo Moro, 25 años después”. *Revista de Estudios Ibéricos*, 2: 31-63.
- Almagro-Gorbea, M. (2002): “Melqart-Heracles matando al Toro Celeste en una placa ebúrneas de Medellín”. *Archivo Español de Arqueología*, 75: 59-73.
- Almagro-Gorbea, M. (2006): “El ‘Canto de los Responsos’ de Ulaca (Ávila): un rito celta del Más Allá”. *Ilu*, 11: 5-38.
- Almagro-Gorbea, M. (2008): “Un tapiz fenicio en Galera (Granada, España). Tapices y tejidos hispano-fenicios”. *Lucentum*, 27: 51-60.
- Almagro-Gorbea, ed. (2008): *La necrópolis de Medellín, I-III*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 26. Studia Hispano-Phoenicia, 5. Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. (2009a): “El *kylix* de figuras rojas arcaicas de Pozo Moro (Albacete)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de Castellón*, 27: 63-81.
- Almagro-Gorbea, M. (2009b): “La Diosa de Galera, fuente de aceite perfumado”. *Archivo Español de Arqueología*, 82: 7-30.
- Almagro-Gorbea, M. (2010): “Estatua-obelisco con capitel protoeólico de Villaricos”. *Escultura Fenicia en Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 32. Madrid: 234-263.
- Almagro-Gorbea, M. (2023, e.p. a): “El ‘Señor de Pozo Moro’ y el ocaso fenicio en el Bajo Segura”. *Homenaje a María Eugenia Aubet Semmler*. Málaga.
- Almagro-Gorbea, M. (2023 e.p. b): “Tradición e innovación en la arquitectura fenicia del siglo VI a.C.: el monumento de Pozo Moro”. *Madrider Mitteilungen*, 64 (en prensa).
- Almagro-Gorbea, M., Lorrio, A. J., Mederos, A. y Torres, M. (2011): “El mito de Telepinu y el altar primordial en forma de piel de toro”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 37-38: 241-262.
- Almagro-Gorbea, M., Lorrio Alvarado, J. A. y Torres Ortiz, M. (2021): “Los focenses y la crisis de c. 500 a.C. en el Sudeste: de La Fonteta y Peña Negra a La Alcudia de Elche”. *Lucentum*, 40: 63-110.
- Almagro-Gorbea, M. y Domínguez de la Concha, A. (1988-1989): “Cancho Roano. El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales”. *Zephyrus*, 41-42: 339-382.
- Almagro-Gorbea, M. y Lorrio, A. J. (2011): *Teutates. El Héroe Fundador*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 36. Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. y Torres, M., eds. (2010): *La Escultura Fenicia en España*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 32. Madrid.

- Arribas, A., Pareja, E., Arteaga, O. y Molina, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina» (Monachil, Granada). El Corte Estratigráfico núm. 3*. Excavaciones Arqueológicas en España, 81. Madrid.
- Avigad, N. (1954): *Ancient Monuments in the Kidron Valley*. Jerusalem.
- Bean, G. E. (1979): *Aegean Turkey*. 2ª Ed. London.
- Benichou-Safar, H. (1982): *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*. Paris.
- Berndt-Ersöz, S. (2006): *Phrygian Rock-cut Shrines. Structure, Function, and Cult Practice*. Leiden-Boston.
- Blanco, A., Luzón, J. Mª y Ruiz Mata, D. (1970): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Rio-tinto, Huelva)*. Sevilla.
- Blánquez, J. (1992): “Las Necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta”. En J. Blánquez y V. Antona (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Madrid, 1991. Madrid: 235-278.
- Blázquez, J. Mª, Martín de la Cruz, J. C. y Ruiz Mata, D. (1981): “Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva): campaña de 1978”. *Huelva arqueológica*, 5: 149-316.
- Blázquez, J. Mª y Remesal, J. (1979): “La necrópolis del Estacar de Robarinas”. En J. Mª Blázquez *et alii*: *Cástulo II*. Excavaciones Arqueológicas en España, 105. Madrid: 347-404.
- Blázquez, J. M. y Valiente, J. (1981): *Cástulo III*. Excavaciones Arqueológicas en España, 117. Madrid.
- Blázquez, J. M. y García Gelabert, Mª P. (1988): *Cástulo, Jaén, España, 1-2*. British Archaeological Reports International Series, 425. Oxford.
- Bonatz, D. (2000): *Das syro-hethitische Grabdenkmal. Untersuchungen zur Entstehung einer neue Bildgattung in der Eisenzeit im nord-syrisch-sudostanatolische Raum*. Mainz.
- Bonsor, G. E. (1898): “Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis”. *Revue Archéologique*, 35: 126-391.
- Caballero A. y Blánquez, J. (2022): “La tumba de la Dama de Baza 50 años después. Estratigrafía y estructura”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 32: 17-36.
- Cahill, N. (1988): “Tafli Kule: A Persian-Period Tomb near Phokaia”, *American Journal of Archaeology*, 92: 481-501.
- Çambel, H. y Özyar, A. (2003): *Karatepe-Aslantaş. Azatiwataya. Die Bildwerke*. Mainz.
- Cárceles Díaz, E., López Sánchez, C., Soler López, A. y Quesada González, L. (2021). “Un templo con altar de piel de toro en calle Marsilla, Lorca (Murcia)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 47,2: 181-212. <<https://doi.org/10.15366/cupauam2021.47.2.006>>.
- Carriazo, J. de M. y Raddatz, K. (1960): “Primicias de un corte estratigráfico en Carmona”. *Archivo Hispalense*, 103-104: 1-37.
- Caskey, M. (1990): “Thoughts on Early Bronze Age Hearths”. En R. Hägg y G.C. Nordquist (eds.): *Celebrations of death and divinity in the Bronze Age Argolid*. Acta Instituti Atheniensis Regni Sueciae, series in 4º, XL. Stockholm: 13-21.
- Catling, H.W. (1971): “A Cypriot bronze statuette in the Bomford collection”. En C.F.A. Schaeffer (ed.): *Alasia I. Mission archéologique d’Alasia*, 4. Paris: 15-32.
- Celestino, S. (2008): “Los altares en forma de piel de toro de la Península Ibérica”. En J. J. Justel Vicente, J. P. Vita y J. A. Zamora (eds.): *Las culturas del Próximo Oriente Antiguo y su expansión mediterránea*. Madrid: 321-348.
- Cid, C. (1949): “El sepulcro de torre mediterráneo y sus relaciones con la tipología monumental”. *Ampurias*, 2: 91-126.
- Cintas, P. y Gobert, E. G. (1939): “Les Tombes de Ibel Mlezza”. *Revue Tunisienne*: 135-198.
- Cumont, F. (1917): *Etudes Syriennes*. Paris.
- De Moor, J. C. (1986): “The Ancestral Cult in KTU 1.17:I.26-28”. *Ugarit-Forschungen*, 17: 407-409.
- Deltour-Levie, C. (1982): *Recherches en Lycie. Les piliers funéraires et leur environnement*. Lovaine.
- Demargne, P. (1958): *Fouilles de Xanthos, 1. Les piliers funéraires*. Paris.
- Dennis, G. (1878): *The Cities and Cemeteries of Etruria, II*. London.
- Dinsmoor, W. B. (1950): *The Architecture of Ancient Greece 3*. London.

- Dönmez, A. y Schürr, D. (2015): "Zum Agora-Pfeiler in Xanthos IV. Finding a new fragment of the inscription and evidence pointing to a temenos tomb". *Kadmos* 54,1-2: 119-149. <<https://doi.org/10.1515/kadmos-2015-0007>>.
- Dunand, M. (1950): *Fouilles de Byblos 1933-1938, II-Atlas*. Paris.
- Dunand, M. (1971): *Byblos through the Ages*. Beyrouth.
- Dussaud, R. (1935): "La notion d'âme chez les Israélites et les Phéniciens". *Syria*, 16: 267-277.
- Ekroth, G. (2002): *The Sacrificial Rituals of Greek Hero cults in the Archaic to the early Hellenistic Period*. Kernos, supplément, 12. Liège.
- Escacena, J. L. (2011): "Variación identitaria entre los orientales de Tartessos. Reflexiones desde el antiesencialismo darwinista". En M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas (Málaga, 2008)*. British Archaeological Reports International Series, 2245. Oxford: 161-192.
- Escacena Rodríguez, J. L. y Vázquez Boza M. I. (2009): "Conchas de salvación". *Spal*, 18: 53-84.
- Fantar, M. (1970): *Eschatologie phénicienne et punique*. Tunis.
- Fernández Chicarro, C. (1956): "Prospecciones arqueológicas en los términos de Hinojares y La Guardia, Jaén". *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses*, 6: 101-120.
- Fernández Flores, A. y Rodríguez Azogue, A. (2005): "El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizante en la paleodesembocadura del Guadalquivir". *Trabajos de Prehistoria*, 62,1: 111-138.
- Fernández-Galiano, D. (1982): "New light on the origins of floor mosaics". *The Antiquaries Journal*, 62: 235-238.
- Fernández-Galiano, D. (1984): "Influencias orientales en la musivaria hispánica". *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico, II (1980)*. Ravenna: 411-430.
- Fernández-Galiano, D. y Valiente, J. (1983): "Origen de los pavimentos hispanos de guijarros". *Homenaje a Martín Almagro Basch*. Madrid: 21-45.
- Ferron, J. (1968): "La peinture funéraire de Kef-el-Beida". *Archeologia*, 20: 52-55.
- Ferron, J. (1975): *Mort-Dieu de Cartage*. Paris.
- Florido, D. D., Navarrete, V., Ramírez, J. de D.; Ruiz, N. y Sabastro, M. Á. (2012): "Un hipogeo con forma de piel de toro a orillas del Guadalmedina. Málaga". En E. García Alfonso (ed.): *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*. *María del Mar Escalante in memoriam*. Sevilla: 121-136.
- Gamer, G. (1981): "La Torre de los Escipiones y otros monumentos funerarios sucesivos del Mausoleo de Halicarnaso". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 47: 71-94.
- García Cano, J. M. (1992): "Las necrópolis ibéricas en Murcia". En J. Blánquez y V. Antona del Val (eds.): *Congreso de arqueología ibérica. Las necrópolis. Madrid-1991*. Madrid: 313-347.
- García Gandía, J. R. (2009): *La necrópolis orientalizante de Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)*. Alicante.
- García-Gelabert, M. P. y Blázquez Martínez, J. M. (1992): "Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados en Cástulo (Jaén)". *Mosaicos Romanos. Actas de la I Mesa redonda hispano-francesa sobre mosaicos romanos habida en Madrid en 1985*. Manuel Fernández-Galiano in memoriam. Madrid: 113-130 (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante 2006).
- Genge, H. (1979): *Nordsyrisch-südanatolische Reliefs. Eine archäologisch-historische Untersuchung. Datierung und Bestimmung*. Copenhague.
- Gilbert, A. (2011): *Syro-Hittite Monumental Art and the Archaeology of Performance. The Stone Reliefs at Carchemish and Zincirli in the Earlier First Millennium BCE*. Berlin.
- Gómez Peña, A. (2010): "Así en Oriente como en Occidente: el origen oriental de los altares taurodémicos de la Península Ibérica". *Spal*, 19: 129-148.
- Graells, R. (2008): "Vasos de bronce 'a kouroi' en el Occidente arcaico a la luz de un nuevo ejemplar procedente de Cuenca". *Archivo Español de Arqueología*, 81: 201-212.
- Graesser, C. F. (1972): "Standing Stones in Ancient Palestina". *The Biblical Archaeologist*, 35: 34-63.
- Greco, E. (2014): *La "tomba" del fondatore e le origini di Poseidonia*. Quaderni di antichità pestane, 3. Paestum.
- Haspels, C. H. E. (1971): *The Highlights of Phrygia*. Princeton.

- Henry, O. y Kelp, U., eds. (2016): *Tumulus as Sema. Space, Politics, Culture and Religion in the First Millennium B.C., I-II*. Göttingen.
- Işık, F. (1998): "Zum Typus des Temenosgrabes in Lykien". *Istambuler Mitteilungen*, 48: 157-172.
- Jiménez Ávila, F. J. (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 16. Madrid.
- Karageorghis, V. (1968): *Zypern*. München.
- Kassianidou, V. (2009): "Oxhide ingots in Cyprus". En F. Lo Schiavo, J. D. Muhly, R. Maddin, A. Giumlia Mair (eds.): *Oxhide Ingots in the Central Mediterranean*. Rome: 41-81.
- Kuentz, Chr. (1932): *Obélisques*. Catalogue Général des Antiquités égyptiennes du Musée du Caire. Le Caire.
- Lawrence, A. W. (1957): *Geek Architecture*. London.
- Lo Schiavo, F., Muhly, J. D., Maddin, R. y Giumlia Mair, A., eds. (2009): *Oxhide Ingots in the Central Mediterranean*. Rome.
- López Palomo, A. (1983): "Alhono. Excavaciones de 1973 a 1978". *Noticiario Arqueológico Hispano*, 11: 33-187.
- López Pardo, F. (2006): *La torre de las almas. Un recorrido por los mitos y creencias del mundo fenicio y orientalizante a través del monumento de Pozo Moro*. Anejos de Gerión, 10. Madrid.
- Loretz, O. (1989): "Stelen und Sohnespflicht im Totenkult Kanaans und Israels". *Ugarit-Forschungen*, 21: 241-246.
- Luzón, J. M. y Ruiz Mata, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba.
- Markoe, G. (2003): *Die Phoenizier*. Stuttgart.
- Martin, K. (1977): *Ein Garantsymbol des Lebens. Untersuchungen zu Ursprung und Geschichte der alt-ägyptischen Obeliskens bis zum Ende des Neuen Reiches*. Heidesheimer ägyptologische Beiträge, 3. Münster.
- Marzoli, D., González Wagner, C., Suárez, J., Mielke, D. P., López Pardo, F., León, C., Thieme, H. y Torres, M. (2009): "Vorbericht zu den deutsch-spanischen Ausgrabungen in der endbronzzeitlichen Siedlung von Los Castillejos de Alcorrín, Manilva (Prov. Málaga) 2006 und 2007". *Madriider Mitteilungen*, 50: 118-148.
- Marzoli, D. y Suárez, J. (2013): "La primera presencia fenicia y su relación con las comunidades indígenas a las puertas del Estrecho de Gibraltar. Investigaciones en los castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga) y la plaza de la catedral (Ceuta)". *Arqueología en las Columnas de Hércules. Novedades y nuevas perspectivas de la investigación arqueológica en el Estrecho de Gibraltar* [Recurso electrónico]: 171-194.
- McCown, C. (1947): *Tell Nasbeh, 1*. Berkeley.
- Monesma, E. (s.a.): *Los suelos de cantos rodados. Trabajos artesanales con piedra. Oficios Perdidos*. <<https://www.youtube.com/watch?v=ok9sjSecNAM>>; consultado 2021.5.15>.
- Montet, P. (1928): *Byblos et l'Égypte*. Paris.
- Nicolini, G. (1990): *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VII au IV siècle*. Paris.
- Nilsson, M. P. (1955): *Geschichte der griechischen Religion*. München.
- Nylander, C. (1970): *Ionians in Pasargarda*. Uppsala.
- Perrot, G. y Chipiez, C. (1882): *Histoire de l'Art dans l'Antiquité, 1. Égypte*. Paris.
- Perrot, G. y Chipiez, C. (1885): *Histoire de l'Art dans l'Antiquité, III. Phénicie-Chypre*. Paris.
- Perrot, G. y Chipiez, C. (1890): *Histoire de l'Art dans l'Antiquité, V. Frigie*. Paris.
- Petrie, F. (1930): *Beth-Pelet, 1*. London.
- Picard, C. (1973): "La conception du mausolée chez les Phéniciens et chez les Numides". *Rivista di Studi Fenici*, 1: 31-35.
- Poinssot, C. y Salomonson, J. W. (1963): "Un monument punique inconnu: le mausolée d'Henchia Djaouf". *Oudheidkundige mededelingen uit het Rijksmuseum van Oudheden te Leiden*, 44: 55-88.
- Poyato, M. C. y Vázquez Hoys, A. M. (1989): *Introducción a la Arqueología. II milenio en el Próximo Oriente*. Madrid.
- Prados, F. (2008): *Arquitectura púnica. Los monumentos funerarios*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 44. Madrid.
- Prieto Vilas, I. (2000): "El recorrido en torno a la sepultura turriforme de Pozo Moro y sus secuencias narrativas". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 13: 325-356.
- Rakob, F. (1979): "Numidische Königsarchitektur in Nordafrika". En H. G. Horn y C. B. Rüger (eds.): *Die Numider*. Bonn: 119-171.

- Rammant-Peeters, A. (1983): *Les pyramidions égyptiens du Nouvel Empire*. Orientalia Lovaniensia Analecta, 11. Leuven.
- Renan, E. (1864): *Mission de Phénicie*. Paris.
- Rodríguez-Pascua, M.A., Almagro-Gorbea, M., Perucha, M.A., Silva, P.G., Martínez-Martínez, J., Mediato, J.F. y Giner-Robles, J.L. (2022): “¿Fue el primer edificio de sillería de la Península Ibérica destruido por un terremoto?: el mausoleo íbero del Pozo Moro (Albacete, España)”. *Resúmenes de la IV Reunión Ibérica sobre Fallas Activas y Paleosismología, Teruel, España (2022)*. Madrid: 81-83.
- Rodríguez-Ariza, M^a O., Gómez Cabeza, F. y Montes Moya, E. (2008): “El Túmulo 20 de la necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, Granada)”. *Trabajos de Prehistoria*, 65,1: 169-180.
- Ruiz, A., Risquez, C. y Hornos, F. (1992): “Las necrópolis ibéricas en la Alta Andalucía”. En J. Blánquez Pérez y V. Antona del Val (eds.): *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis. Madrid-1991*. Madrid: 397-430.
- Sabatini, B. J. (2007): *The Ingot God: the technological advancement and implementation of metallurgic ability on late Bronze Age Cyprus*. Tesis doctoral. Tufts University. Somerville, Boston.
- Saliby, N. (1989): “Amrit”. En J.-M. Dentzer y W. Orthmann (eds.): *Archéologie et histoire de la Syrie*, 2, Saarbrücken: 19-30.
- Salzmann, D. (1982): *Untersuchungen zu den antiken Kesselmosaiken. Von den Anfängen bis zum Beginn der Tesseratechnik*. Archäologische Forschungen, 10. Berlin.
- Schaeffer, C. F. A. (1964): “La XVI^e Campagne de Fouilles de la Mission Française en Enkomi-Alasia”. *Syria*, 41: 179-181.
- Schaeffer, C. F. A. (1965): “An Ingot God from Cyprus”. *Antiquity*, 39: 56-57. <<https://doi.org/10.1017/S0003598X00118642>>.
- Seeden, H. (1980): *The Standing Armed Figurines in the Levant*. Prähistorische Bronzefunde, I,1. München.
- Senent, J. (1930): *Excavaciones en la necrópolis de El Molar*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 107. Madrid.
- Serrano Martin, T. (2019): “Una nueva lectura espacial del gran edificio de Alhonor (Sevilla)”. *Antesteria*, 8: 39-59.
- Simpson, E. (1990): “Midas Bed’ and a Royal Phrygian Funeral”. *Journal of Field Archaeology*, 17,1: 69-87.
- Stockton, E. D. (1975): “Phoenician Cult Stones”. *Australian Journal of Biblical Archaeology*, 2,3: 1-27.
- Stronach, D. (1978): *Pasagardae*. Oxford.
- Stronach, D. (1993): “Patterns of Prestige in the Pazyryk Carpet: Notes on the Representational Role of Textiles in the First Millennium B.C.”. En M. L. Eiland, Jr., R. Pinner y W. B. Denny (eds.): *Oriental Carpet and Textile Studies*, IV. Berkeley: 19-34.
- Stucky, R.-A. (1974): *The engraved tridacna shells. Dédalo 19*. São Paulo.
- Stucky, R.-A. (2007): “Les tridacnes à décor gravé”. *La Méditerranée des Phéniciens de Tyr à Carthage*. Paris: 218-223.
- Thureau-Dangin, F. (1931): *Arslan Tash*. Paris.
- Thureau-Dangin, F. y Dunand, M. (1936): *Til Barsip*. Paris.
- TIR (2001): *Tabula Imperii Romani. J-30 Valencia*. Madrid.
- Uberti, M^a. L. (1995): “Stèles”. En V. Krings (ed.): *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*. London-New York-Köln: 674-697.
- Orthmann, W. (1971): *Untersuchungen zur spathethischen Kunst*. Bonn.
- Uroz, H. (2006): *El programa iconográfico religioso de la “tumba del orfebre” de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*. Murcia.
- Ussishkin, D. (1993): *The Village of Sikwan. The Necropolis from the Period of the Judean Kingdom*, Jerusalem.
- Valero Tébar, M. A. (1999): “La necrópolis tumular de la Punta del Barrionuevo. Iniesta, Cuenca”. En M. A. Valero (ed.): *1^{as} Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta 1997)*. Toledo: 181-208.
- Valero Tébar, M. A. (2005): “El mosaico de Cerro Gil (Iniesta, Cuenca)”. *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio internacional de arqueología de Mérida. Protohistoria del Mediterráneo occidental. Mérida-2003*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XXXV. Mérida: 619-634.
- Van Breen, J. (1942): *Het Reconstructieplan voor het Mausoleum te Halikarnassos*. Amsterdam.
- Vita, A. de (1976): “Il mausoleo punico-ellenistico B di Sabratha”, *Römische Mitteilungen*, 83: 273-283.

- VV.AA. (1991-2000): *The Maussoleion at Halikarnassus. Report of the Danish Archaeological Expedition to Bodrum, I-IV*. Aarhus.
- Wagner, P. (1980): *Der ägyptische Einfluss auf die phönizische Architektur*. Bonn.
- Will, E. (1949): "La tour funéraire de la Syrie et les monuments apparentés". *Syria*, 26: 258-312.
- Young, R. S. (1957): "Gordion 1956: Preliminary Report". *American Journal of Archaeology*, 61: 320-323.
- Young, R. S. (1965): "Early Mosaics at Gordion". *Expedition Magazine*, 7,3: 4-13. <<http://www.penn.museum/sites/expedition/?p=987>>; consultado 2023.2.2.
- Young, R. S. (1981): *The Gordion Excavations Final Reports, 1. Three Great Tumuli*. University Museum Monograph 43. Philadelphia.

